

Utilísimo manual del mentiroso

José Moisés Aguayo Álvarez

-§-

*Tengo la fiebre del sonámbulo,
la resaca del que sueña que anda
y andando, sueña.*

*Es una fiebre con gusto a melancolía
una especie de extrañeza y nostalgia
por lo que se ha sido
en otra vida.*

*En estas líneas, mis pensamientos se aligeran
se disparan vueltos vaho
vienen dictados por la urgencia:*

viven

Son la prueba de que

No

Ha

sido

sólo

un

s

u

e

ñ

o

.

.

.

Utilísimo manual del mentiroso

José Moisés Aguayo Álvarez

Índice

Utilísimo manual del mentiroso.....	6
Digresiones y recapitulaciones	6
Novela de intriga y sexo.....	14
El cus-cus.....	20
El gemelo malvado de Jesús Eco y Esto no es dramaturgia.....	24
Cinco mil quinientos sin cuento.....	29
El domingo también se escribe o De lo que se te puede ocurrir cuando te mandan al mercado	31
Que no lo haga nadie	36
Oda a la amistad, a las toronjas y a una chora	37
Ultramoderno	46
¿Entonces qué?.....	51
Tigre de papel	53
De cómo Pebro Beteta se convirtió en personaje	56
¿No te asusta?.....	61
Ojos de cuervo	63
Forofo risófilo.....	67
La Transición: Ser una cucaracha, ser Sir Nada.....	70
Una dosis de realidad.....	72
El trébol druida	75
Infierno I.....	78
Infierno II.....	81
De sangre a tinta, con tinta sangre	83
¡Sobres!.....	86
Sobre la caducidad de la motivación extrínseca en la creación literaria.....	86
Sobre lo oportuna que resulta una frase	86
Sobre la infalibilidad de la sabiduría popular.....	86
Sobre la necesaria precisión en las autoprocías.....	87
Sobre la importancia de vestir buchón y apocopar las cifras	87
Sobre el sentido figurado en las terapias matrimoniales	89

Sobre la autoconsagración de un falocentrista	89
Sobre la importancia de seguir el sabio consejo: “Si no tienes nada que contar, mejor no escribas nada”	89
Corolario histórico que no es ficción: El Ateneo de los mamados de la cabeza ...	91

*Todo escritor que crea es un mentiroso;
la literatura es mentira, pero de esa mentira sale una recreación de la realidad;
recrear la realidad es, pues,
uno de los principios fundamentales de la creación.*
Juan Rulfo.

Utilísimo manual del mentiroso

§

Digresiones y recapitulaciones

Este libro entre tus manos, lector, recupera parte de la obra de mi amigo y compañero de aventuras, Gregorio Samarripa Salas: mejor conocido en algunos círculos culturales de Guadalajara como El Greg, su *alter ego* literato.

Esta es una compilación que, en su honor, conformé a partir de extractos de su último cuaderno de trabajo, en la que intercalo algunas notas que tomé mientras él convalecía en el hospital a causa de una extraña condición de salud que, primero lo trastornó y después lo llevó a la tumba. Es la materialización de mi intento por que vean la luz las últimas historias que escribió durante el periodo febril por el que transitó mientras trabajaba en su taller de narrativa “Trascuento”, episodio determinante en su concepción creativa al que yo me involucré como colaborador de medio tiempo, movido por el llano interés de estar en contacto con otros escritores aficionados, y, quizás en el fondo, por considerar que sólo así podría recobrar un poco el ímpetu de producir un cuento de vez en cuando.

Gregorio y yo fuimos compañeros de grupo en la secundaria y la preparatoria, juntos compartimos el gusto por la lectura; exploramos y discutimos a filósofos, poetas y narradores, desde Homero hasta Eco; descubrimos juntos a Papini, Lovecraft, Borges, Hume, Alberti, Rulfo, Ibarguengoitia, Pitol, Flaubert, Cortázar, Arreola, Apollinaire, Mallarmé y un largo etcétera. De forma natural, la lectura nos condujo a escribir y a compartir con otros, algunos de nuestros textos.

En la prepa, escribíamos poemas y minificciones que luego pegábamos con engrudo sobre los postes de concreto, afuera de la escuela y en la parada del camión. Luego de varios meses de esta práctica, a nuestro alrededor se formó un círculo íntimo de lectores y artistoides adolescentes que compartían nuestro espíritu de búsqueda y que hallaban en las informales, pero profundas disertaciones espontáneas, un oasis; una especie de burbuja donde se construía un sentido aparte del mundo adulto, aparte de los nichos ordinarios de esparcimiento y aparte de las grupalizaciones juveniles de nuestros barrios marginales donde siempre fuimos personajes agrisados: ñoños de barrio.

Con el tiempo, a nuestro peculiar círculo se agregaban miembros, en tanto que otros más se replegaban; pero Gregorio y yo siempre nos mantuvimos al centro. Sin proponérselo con mucha seriedad, veníamos leyendo y discutiendo asuntos cada vez más profusos; elucubrando a veces, y otras, construyendo sentido, nuestro propio *Verstehen* acerca de lo que componía nuestra realidad.

Con la mirada puesta en colonizar un espacio y una identidad, una tarde de mayo, luego de una animada discusión, formalizamos el club de lectura y chorchá al que llamamos “El Ateneo de los mamados de la cabeza”, cuya sede era la sombra de un viejo Laurel en el camellón de una transitada avenida cercana a la escuela. Las sesiones comenzaban en la sede los viernes, a la hora de salida y podían culminar el sábado o el domingo en algún paraje extraño de la urbe. Así pasamos algunos meses gozosos jugando a los intelectuales y eventualmente, migramos de los pegotes con engrudo a pequeños tirajes de un pasquín quincenal que se imprimía en el mimeógrafo de mi tío Alfonso.

El Ateneo de los mamados de la cabeza se extinguió en el último verano de la preparatoria. A partir de ese momento, Gregorio y yo crecimos aparte: Mi precaria situación me llevó a buscar amparo en un internado para hijos de obreros y campesinos, donde me formé como profesor de primaria. Gregorio, por su parte, surcó trayectos más rocambolescos: aprendió varios oficios y trabajó como actor, vendedor de enciclopedias, pintor, aprendiz de escultor, titiritero, cantante de blues y hasta de mimo. La versatilidad de sus facetas lo colocó en diversos escenarios donde se relacionó con gente del ambiente cultural de la ciudad y del país, forjándose

cada vez menos como Gregorio y más como El Greg: un tipo que respiraba, bebía, soñaba y contagiaba narrativa.

Luego de quince años dispersos, sin saber mucho uno del otro, nos reencontramos hace tres, en el taller de cuento de Sigfredo Linares. A partir del reencuentro, aterrizamos varias ideas: organizamos encuentros de escritores locales, talleres, charlas, entre otras cosas. También publicamos dos libros personales de cuento breve, cinco libros colectivos de minificción y una revista fallida que pretendía revivir las glorias de los pasquines de antaño, pero que, por falta de fondos no llegó al número tres.

Todo acontecía más o menos bien, pero Gregorio deseaba arriesgarse a que las cosas fueran a más; así concibió hace casi un año, la epifanía de Trascuento, inflexión absoluta en su espíritu creativo. Era tanta su fe en el proyecto, tan clara su idea y tan próxima a su espíritu, que conectaba de inmediato con cuanto individuo le escuchaba hablar con pasión al respecto. Incluso, se planteaba seriamente renunciar a la imprenta para la que trabajaba y sacrificar la relativa estabilidad que su salario le dispensaba, con tal de consagrarse a su idea. La esperanza de Gregorio era contagiar de su entusiasmo a las personas adecuadas para cristalizar aquello que vivía en su cabeza y que sólo él sabía explicar.

Entre otras metas, trataba de fundar una suerte de taller perenne, donde se foguearan los narradores emergentes, haciendo alquimias textuales para reinventar la narrativa local, semántica y estéticamente... algo así. Su alucine más extravagante consistía en conformar una especie de estirpe de buscadores del Vitriolo¹ del cuento.

Sin afán de desanimarlo, yo le reconocía su entereza, pero explicaba mis reservas en torno a vivir sólo para el cuento; especialmente le pedía reconsiderar su postura de renunciar al trabajo, pues ello implicaría cargar la mano a su esposa con los gastos de la casa. Creo que Gregorio valoraba mi apreciación sobre el asunto, pues él mismo me había contado cómo Sofía le agradecía que el último año hubieran

¹ En su connotación alquímica. V.I.T.R.I.O.L.V.M. *Visita Interiora Terrae Rectificando Invenies Occultum Lapidem Veram Medicinam*

cesado las penurias de fin de mes y los continuos malabares con las alhajas que entraban y salían del Monte de Piedad para cubrir la renta y pagar las tortillas.

Precisamente fue durante los días en que todo se iba estructurando en nuestras conversaciones que, en la inauguración de la Biblioteca Fernando del Paso, encontramos a Jesús Eco, un funcionario de medio calibre al que todos llaman Chu o Licenciado Chuchú; añejo en los vaivenes de la burocracia cultural oficializada, últimamente muy cercano al secretario federal de Cultura y Otras Cosas Por el Estilo.

Esa ocasión Gregorio y yo habíamos sido invitados al evento a causa de haber donado un modesto acervo de nuestras publicaciones. Al igual que nosotros, otros tantos autores y editores independientes habían contribuido con donaciones y estuvieron convocados esa tarde, pero sólo a nosotros se nos había ocurrido ponernos lejos de los asientos y cercanos a la barra. Al principio, creímos que Eco nos había confundido con los que servían el mezcal, pues se puso a platicar trivialidades y a beber con nosotros con cierta displicencia. Al paso de los minutos, seguramente la plática fue poniéndose interesante porque hacia el final de la inauguración, Eco nos invitó a proseguir la juerga.

Luego de un periplo nocturno del que recuerdo muy poco, terminamos en casa de Eco en una bohemia en la que pude por fin tocar una guitarra Takamine. A eso de las tres de la mañana del día siguiente, Eco, ya beodo, nos confesaba que a él le hubiera gustado ser escritor, pero que simplemente no se le daba. Dijo ser amigo de algunos escritores de tinta más pesada; contaba con conocidos que se hallaban en intentos editoriales y nos habló de sus esporádicas incursiones en talleres de narrativa: “Voy al taller una o dos veces, me emociono escuchando lo que traen los compañeros, luego me ofusca compartir mis textos, rompo mis cuadernos y termino por renunciar. El psicólogo dice que eso se lo debo a mi madre castrante. Yo digo que simplemente no se me da escribir, pero admiro ese don. Últimamente me vengo convenciendo de que mi don es más bien incentivar la escritura, animar a mis amigos que escriben...”

Eco también dijo admirar la producción de varios escritores locales, y, para nuestra sorpresa, no era del todo ajeno al microcosmos de los clanes de escritores

del catálogo tapatío. Nos ofreció su radiografía de lo que había leído, entre lo regalado, lo prestado y lo robado en eventos culturales oficiales y uno que otro de las márgenes: “A mi ver, son cuando menos seis categorías de escritores: los meteoros, los garbanzos, los venerables, los escolapios, las vaquitas de Maruchan y los lobitos... ojalá y algún día les pueda explicar con más detalle...”

Era extraño, pero, además de tener un conocimiento aceptable de la escena local, no solo en cuanto a personas, sino en cuanto a textos y a propuestas. Nos contó que estuvo presente en varias de nuestras lecturas, que fue a una sesión en el primer taller de Gregorio, que había leído reseñas de nuestros eventos en las redes sociales; en suma, que nos venía siguiendo a media distancia. “No mamen. Casi soy su fan...”, nos dijo, luego salió a vomitar y regresó como si nada, limpiándose con una servilleta.

Eco remató esa madrugada hablándonos de la gran confianza que le tenía el secretario y de lo oportuno que sería presentarle Trascuento: “ahora es cuando... este secre trae la onda de consolidar, sin alienígenas, a todo aquel que haya picado piedra con colectivos locales. Ése es su rollo, me cae, es político, pero trae su rollo; le late la onda de reconocer la labor tan chingona que hacen todos ustedes, que le tupen como hormiguitas... Dice que apoyarlos salvará a la economía y a la cultura en toda la zona metropolitana. Le dice *Acción cultural genuina, situada y localizada*, y quiere que se active desde los barrios. Eso dice y honestamente, yo le creo. Suena convincente. No es broma... El secre, ¿cómo te diré?, es... haz de cuenta, como un Vasconcelos, pero en gordo, pelón y borracho”.

En medio de la charla y la bohemia, Gregorio y yo nos emocionamos un poco, pero el tono mitificador de las hormiguitas picapiedras, por poco nos obliga a reprimirlo argumentada y culeramente. La experiencia en estos menesteres nos ha forjado de muchas maneras, menos como ingenuos, lamebotas o payasos. Con los años hemos aprendido a lidiar sin mucho espanto, con el discurso chévere de los funcionarios, que, al parecer tienen un mismo guionista experto en politiquería culturosa.

Bravo por la cultura.

Es que es así: Los funcionarios, aunque sean otros, en muchos sentidos son los mismos. Hay que chutarse una que otra ocurrencia mediática; apechugar a lo que cada virreinato dicte, nadar de muertito y salir en los periódicos. Hablar de la nobleza que entraña ser funcionarios al servicio de la cultura. Decir que el deporte y la cultura son la salvación, pues sirven para que los jóvenes no se droguen. Decir que cultura es todo y que el *graffitti* es cultura y que los libros son *graffitti* y que la Feria del Libro es cultura y que el *hip hop* es cultura y que el folklor es cultura y que la Feria del Libro es negocio pero es cultura y que el tianguis cultural es cultura pero huele a mota y que la mota es cultura pero huy qué miedo con la legalización pero que la mota también es cultura y que el *graffitti* está chido pero no rayen consignas y que los libros son folklor y que los narcos no son cultura pero tampoco se puede decir lo contrario y que fuchi mejor no hablemos de eso porque luego quieren hablar de narcofosas y la cultura es otra cosa mejor hablemos de baches porque sí queremos apoyar pero los baches se consumen el presupuesto y que los narcos son para que los jóvenes no se droguen y que los policías son folklor y que las drogas son para que los jóvenes no se droguen y que todo es cultura y que el negocio es cultura y que los baches son cultura.

Al advertir nuestro escepticismo, Eco nos acercó vía telefónica con dos interlocutores con apellidos que no recuerdo, para que dieran fe y confirmaran el interés genuino por apoyar a las *talachas* urbanas. “El programa justo se iba a socializar la semana entrante ¿verdad, Richard? Si, así es. ¿Para eso me hablaste pinche Chú? No son horas de llamar, estaba bien dormido. Si: va en serio. Diles, diles. Háganle caso al Licenciado Chuchú. Gracias, cabrones. Yo también estoy en la coordinación del programa. De hecho, ahorita estamos con los de audiovisuales, en otro cotorreo. Cáiganle. Diles, cuéntales. Sería una suerte comenzar con ustedes... son como seis disciplinas: teatro, fotografía, plásticas... diles...”

Sería por la coyuntura de un secretario de cultura *sui generis* o por alguna cuestión azarosa², pero Trascuento se volvía realidad: A escasas dos semanas de nuestro encuentro con Eco y a una semana de haber planteado el plan a la Secretaría de Cultura y Cosas y Así, la instancia nos proporcionó apoyo mediático, folletería, un cubículo, un aula junto al vestíbulo del Auditorio Kafkiano y una módica pero útil partida. Para Gregorio era casi un sueño: podría dedicarse de tiempo completo a su proyecto, sin holgura, pero sin comprometer demasiado la economía doméstica. Suena un tanto pedestre que un proyecto literario estribe en una decisión económica, pero para Gregorio, era una disyuntiva real. Me consta cómo varias veces llegó a supeditar incluso su necesidad de calzado o de alimento, por preparar un tiraje o cubrir lo necesario para un evento. Ahora, bajo las nuevas condiciones, podría mantenerse la mayor parte de su tiempo de vigilia como El Greg.

En esos días, la emoción lo mantuvo tan absorto que su efervescencia mental se desbordó. Estar trepado en El Greg le arrebató la razón a Gregorio. Dejó de comer, de dormir, de convivir con otros. Se tornó silencioso y maniaco. Comenzó con episodios en los que repetía en voz baja palabras y frases raras como: “el infierno en el reflejo de un botón” o “el cus-cus de escribir”.

La tarde que lo trasladaron al hospital, Gregorio departía en el aula con los talleristas. En tanto, yo tomaba algunas fotos que se difundirían en las redes sociales de la Secretaría de Cultura y Otras Ondas. Lupita Castro, una de las talleristas más brillantes cuestionó: “¿Y si, al escribir un cuento, la historia se me enreda tanto que se me ocurre convertirla en novela? ¿Qué me recomiendas? ¿Qué debería hacer cómo trascuentista?... ¿Renunciar o aferrarme a la brevedad?”

Todos estuvimos atentos a la respuesta de Gregorio, no sólo por la notable belleza de la tallerista o por sus llamativos tenis rojos, sino principalmente porque, cuando Gregorio hablaba como El Greg, asumía su personaje de acérrimo defensor del cuento breve; sin embargo, en esta ocasión, él sólo comenzó a reír repitiendo: “un cuento-novela, ¿sería posible un género intermedio? Una novela-cuento...la

² Como la intrincada trama que me contaron De Anda y Arturito, semanas después, ya cuando Gregorio estaba internado; en donde asumían que Trascuento y otros proyectos estaban siendo apoyados, para cubrir al secretario y a otros desviadores de fondos de erario.

cuento-novela... la cuentovela: el noventa...” Sacó una pluma, su inseparable cuaderno negro y se tiró al piso a escribir, olvidándose de todo.

Ahí se detonó su crisis: Comenzó a musitar incongruencias, a morderse las uñas, luego se sacudió en espasmos horribles, se puso morado y, en cosa de veinte segundos, entró en un estado difuso: sus ojos abiertos e inyectados, las pupilas dibujando movimientos rápidos y minúsculos; el rostro congelado, la boca trabada y las extremidades torcidas.

Cuando los paramédicos lo subían a una camilla, se recobró un poco, me tomó del brazo y murmuró, al tiempo que me miraba con unos ojos de pez abisal: “Mi Moi: imagínate un mono que escriba un cuento pensando que es una novela, ja... o mejor, alguien que de verdad escriba un noventa...” luego se calló y por poco se ahoga con un espumarajo repentino. Dos paramédicos lo subieron a la ambulancia y cerraron las portezuelas con violencia. Los talleristas quedamos expectantes a la puerta del Kafkiano: desde que el ulular de la ambulancia inició de súbito, ensordecedor, frente a nosotros, hasta que languideció sofocado entre los edificios, el rumor de los motores y el barullo de esa extraña tarde en Guanatos-Jal.

§

Novela de intriga y sexo

*Los hechos son reales y las cosas que se cuentan aquí también.
Se omitió el nombre verdadero del Morongas porque ni él se lo sabe.
Así le dicen desde chiquito...*

I

—Sí, sí; ya sé que es “muy importante” para ti la publicación de tu obra... que sabes “lo difícil que es entrar en nuestra editorial” y que “la proyección que ofrecemos para tu trabajo es inmejorable”, y bla, bla, bla... pero mira, te voy a decir dos cosas... la primera: esto no es Miss Universo, debes saber que la editorial no es beneficencia. Esto es negocio, así que aquí no valen los discursitos sobre el papel de un escritor y la chingada; aquí se llega como al póker, con feria: de-a-cómo-no-papá. Lana, *money*, pachocha, luz, morlacos, varos, tostones, centavos, peniques, *eséctera- eséctera, ¿capichi?*... Y la segunda cosa ya se me olvidó... ¡Ah, sí!... con doscientos mil para empezar puede que en unos meses estemos hablando de un *bet-seler*; entonces, ya te la sabes: Habiendo billetes, hay guateque. Nos vemos luego, Rufino... y ya acelera tú, Morongas, porque ando muy saturado de compromisos.

Adela se quedó pasmada al escuchar al tipo gordo de la corbata fea y los lentes oscuros.

—Yo pensaba que los editores eran... no sé, mínimamente... cultos.

—Este señor no es editor. Es representante legal de la editorial Saturno Sin Lunas.

—Pues es un mamarracho.

— Si... Fíjate que estoy empezando a dudar.

— ¿De qué?

— Del libro. Así, no me interesa publicar con esta gente.

—Pero si tú me dijiste hasta el cansancio que esa es la editorial que está detrás de los grandes tirajes...

—Sólo te dije que me gustaría publicar ahí; pero no así... me gustaría que fuera de otro modo...

—Ya, chiquito. Que tú seas un artista modesto no significa que no lo merezcas; y si yo te lo puedo facilitar, qué mejor ¿no crees?

—Adela, me da pena contigo. Doscientos mil es un dineral. Además, apenas me conoces, no llevamos ni tres meses de novios.

—No seas así. Déjame ayudarte... no lo veas como un regalo; míralo como un préstamo *jokee?*; cuando seas Don Rufino Pérez Rioverde, me lo pagas y asunto arreglado. Al fin que ya dijo el mamarracho que lo convertirán en *best seller*.

—Bueno, bueno, ya: haz la cita con el mamarracho el día que tú quieras, mi amor.

II

—Pinche Tarolas, te pasaste de birote...

—¿Qué, no se la creyó? Si di una de mis mejores *aptuaciones*...

—Por poco se nos ceba. Para ser Representante-legal-de-la-Editorial-Saturno-Sin-Lunas, te pasaste de lépero.

—Lépero, lépero, pero e-fec-ti-vo. *Asecta* que en esta transa soy tu mero papucho. Soy el cerebro. El que mueve los hilos...

III

—¿Este es el número de cuenta, mi amor?

—S-sí.

—¿Por qué estás tan nervioso, chiquito?

—No... es que estoy emocionado...

—No es para menos. Es un acontecimiento muy importante en tu vida.

—Oye, qué pena por la falta de seriedad de esta gente; mira que subirse a cuatrocientos mil... Adela, te pido que reconsideres. Si quieres, vámonos. En serio...

—No te preocupes, corazón; tú vales eso y más. Estoy segura de que estos ahorritos de mi pensión se multiplicarán, bebé.

IV

—Firme usted aquí Señor Rufino.

—¿Aquí?

—Si. Y aquí; y aquí, y aquí y en esta y en esta y en esta... El libro de Poemas de amor para enamorados es prácticamente un hecho; sólo falta que nos envíe el manuscrito definitivo... es más, si gusta, lo trabajamos con los del Consejo completo, ahí tenemos a unos escritores bien hambreados, pero chingones...

—Prefiero enviárselo al licenciado. No quisiera liarme con el Consejo por cosas que ellos sabrán resolver mejor que yo. Confío en ustedes.

— ¡Felicidades, mi amor!

—Gracias, mi reina, mi Venus, mi musa...

—En cuanto lo tengamos nosotros, aquí el Licenciado Morongas los visitará y personalmente les entregará la copia del registro de derechos y otras cosas de la propiedad *inteleptual* y eso... Amigo Rufino, el *égsito* está muy *cervas*. Señora; con su permiso.

V

—Oye, chiquito. ¿Qué no ese tal “Morongas” andaba de chofer el otro día?

—Quién sabe... este... pero, no te apures, este... puede haber varios Morongas.

— ¿Cómo que: “Licenciado Morongas”?...

VI

“Dedico este libro de poesías a mi rorra querida, mi reina, mi compañera y me cenas: Adela”

VII

Amor que

Se vuelve no sé qué

¿Qué serás?

¿No volverás?

Presiento que me olvidarás

Pero yo

¡Mi amor!

yo te amaré
Aunque después tú, no me recordarás
Pero luego te arrepentirás
Adiós, mi amor
Gus bai

VIII

—Rufi... La verdad, no he leído mucho, pero... quiero decir, no te vayas a ofender, amor, pero... este poema parece canción de Juan Gabriel mariguano.
— ¿Lo ves? Ni a ti te gustan mis poesías.
—Tus poemas... son...
—Esperemos a ver qué pasa con la promoción de las otras poesías...
—Mejor diles poemas... Oye, ¿Estás seguro de que con cien ejemplares es suficiente?
—Ah, es que... este, me dijeron que... esos son pa-para los dueños de las librerías...luego es el tiraje, ya bien como debe ser y to-todo; bueno, eso me dijo el licenciado y, bueno... es el que le sabe a eso de los negocios...

IX

—Así es, señora Adela. Rufino tiene que ir a Barcelona a hacer propaganda. Necesitamos *publicitat*.
— ¿Así, tan de repente? Cuando menos permítame arreglarle una maleta.
—Así son las cosas en este *bisne*... los librereros no pueden esperar más, ya colocamos doce mil copias.
—Tengo que ir Adela, este es mi sueño y lo sabes.
—Vamos, Rufino; despídete de la señora Adela. Italia nos espera.

X

—Pendejo, Barcelona no está en Italia.
—No hay tos. Lo de las geografías es lo de menos. Tu chúcar-mami ya ni ha de oír bien.

—Sabe que me da.

— ¿De qué?

—Siento medio gacho. Es una transa muy fea.

—No me digas que ya te enamoraste *de a devis*. Te tocan ciento cincuenta. Ahí verás tú si los quieres o los *catafitsias* por la ruca.

XI

— Ya le digo, barrio, a ese canijo le moché las orejas con el cortaúñas y... digo, ¿y a ti por qué te trajeron al tambo?

—Me agarraron en una movida chueca. Le bajé una feria a una señora muy furris.

—Ssss, que mal pedocle. Pero así pasa: hay cosas que salen y cosas que nomás no. Con lo bonito que es gastarse lo de otra gente... ¿De perdida unos veinte mil bolas?

—Uh. Andas lejos; le tumbé cuatrocientos mil, dizque para publicar un libro...

— ¡Cuatrocientos varos!... ¡Si nomás la cara tienes!... ¿y qué, te *fletastes* tú solo o traías paleros?

—Éramos tres, pero los otros dos güeyes se clavaron la feria y me echaron de cabeza.

—Pinches ojales, peor que judas. ¿Sssss, pos qué gachos no? Si yo fuera escribano como tú, escribiría un libro chingón contando la aventura... si lo escribes, luego me lo prestas pa' leerlo...

— ¿A poco sabes leer?

— A güevo, ¿Ps qué pachó? Aquí como me ves me he aventado varios librillos... ahorita estoy leyendo uno bien mamalón, de la Tigresa. Tú también deberías de escribirte una novelita perrota.

— ¿Estaría bueno verdad? Una novela.

—Sí, una bien variada; con enredos bien suaves... le pones intriga... ¡y todo el *setso* que puedas!

— ¿Si verdad? Oye, qué buena idea. Hasta me gustaría que se llamara así: “Novela de intriga y sexo” Se oye pegador. Híjole, barrio, eres como un ángel, como un muso... Podría ser una novela de doce capítulos, como los años que me voy a pasar aquí por abuso de confianza y fraude. Vas a ver que sí la escribo.

—Pero eso sí, la dejas cortita pa' leerla, porque a mí los libros panzones me dan flojera...

—Una novela cortita, de intriga y sexo... *ey*.

XII

Sexo... a ver: “Se me olvidaba decir que la noche que Adela depositó el dinero, hicimos el amor como auténticos *hotdogs*”. Qué librazo. Qué novela, señores. Será un *hit*.

El cus-cus

Hay una historia que se ha enredado. Llevo casi una hora sin poder asirla. Es una de esas historias, de las que se empantanán y encuevan. Ya he visualizado, sentido y explorado la atmósfera. Incluso, los personajes ya me parecen familiares; sin embargo, el momento no aparece.

El tipo acaba de entrar a la cantina, se acomoda en la barra, pide un tequila derecho y se lo empina... Me frustra el cliché, pero así lo estoy viendo... Pide un segundo tequila y se pierde en el fondo del pequeño vaso, pensativo. Enciende un cigarro.

Ahí está la escena, estática, como un carrete de cinta enmohecido.

Habría que inducir al lector mediante alguna puntualización; por ejemplo, que no es una cantina en el viejo oeste, sino en la calle Gómez Farías, en el centro de la capital jalisciense; que no es en el siglo diecinueve, sino en plenitud del 2016, cuando en el barrio pululaban los rufianes de la maña que les cobraban derecho de piso hasta a los boleros. También habría que incorporar alguna sensación, algo como que el tabaco era ácido o penetrante. Agreguemos que la cantina era gris, sucia; que el cantinero no era el típico panzón pelón de bigotes tupidos, sino un joven enclenque y espinilludo de rasgos afilados que servía los tragos y atendía a los parroquianos sin mirarlos a los ojos. Tras él, un anciano, con traza de profesor jubilado, sentado en un equipal raído, no para de escribir en un cuadernito de espiral muy arrugado.

Hace falta acotar que, en mi mente, el aspecto taciturno del personaje central tiene una razón de ser: Lleva tres noches sin dormir, acosado por las imágenes de su más reciente encargo, en el que acribilló a una familia completa que dormía en un cuarto de hotel. Esa había sido la instrucción del jefe, ni qué repelar: “Hijo del basto, se la pasa padroteando en puro cinco estrellas y de sus deudas ni se acuerda. Dale piso y que lo acompañen con Pifas todos los que estén con él”.

El sujeto no sabe si lo que lamenta es no haber mirado el pánico en sus rostros, o si le está llegando “el cus-cus”, que así es como le dicen los de *La empresa*

a eso que se siente cuando algo en el cuerpo dice que ya pares de joder gente, que ya estuvo.

¿Y entonces qué?, ya entramos a la cabeza de este tipo, pero la escena vuelve a su limbo. Parece que ya es hora de que haga su entrada el joven de la historia. Es un muchacho con apariencia de turista. Tiene unos veintinueve años, el pelo rubio y largo, dos broqueles en la ceja derecha y una argolla extraña pende de su labio inferior. Está completamente borracho y se hace acompañar por una mujer de unos treinta y pico, baja de estatura, a la que otros clientes llaman “Chaparra”.

Algo en el muchacho inquieta al tipo de la barra, que apresura su segundo tequila. Se le ocurre que podría sentarse junto al chico y aconsejarlo largamente, con sentencias paternas sobre lo que es la vida y sobre lo peligroso que es exponerse visitando sitios de mala muerte; pero algo lo detiene. Mira al enclenque y con los ojos le pide otro tequila, se lo bebe de una vez y entonces se le ocurre que mejor le gustaría estar abofeteando esa cara alargada y pretenciosa, que mejor lo estaría surtiendo a patadas en el piso, apuntándole con el revólver y haciéndolo suplicar tras un cachazo y otro y otro, y así, excitado, pide un nuevo tequila.

El muchacho comienza a bailar una balada de Los Bukis con la Chaparra. Ella lo mira con un dejo de ternura y aprieta el rostro del joven sobre sus pechos, riendo. El joven debe encorvarse para bailar apechugadito y murmurarle cosas al oído. El tipo de la barra bebe el siguiente tequila con mucha calma, imaginando cómo tomaría el cuchillito que yace junto al cenicero, y cómo le cortaría las mechas, cómo disfrutaría viéndole implorar por su cabellera, mientras él le diría “aguántese, parece trapeador con ese greñero”, ja, ja, qué chingón sería eso, y el otro ahí llorando y él “ja, ja, aguántese cabeza de trapeador”.

Ahora no pasa nada; hay un vacío en la narración. Pura imaginación. La historia parece detenida, salvo por el hecho de que el joven se halla bailando con el rostro aplastado contra el pecho de la Chaparra, nada más sugiere movimiento. Es cierto, ya lo hemos visto llorando, pero eso ocurre en la cabeza de otro personaje; es un recoveco en la narración, no la narración. Nuestro *tipo* en la barra sigue observando y bebiendo tequila. El muchacho se acerca a la barra y pide una botella de vodka, una Coca-Cola y dos vasos con hielo. Saca una cartera gorda y le pide al

enclenque que se cobre y que añada una obscena propina, que se hace más escandalosa cuando el muchacho le ordena al enclenque que se cobre también *am... lo que, pidiendo, aquí, nestro amigou*, aludiendo al Tipo, que responde la cortesía con un gesto áspero que nada tiene que ver con la sonrisa y el guiño cómplice que le brinda su patrocinador. La Chaparra toma la botella de vodka y los vasos y se contonea juguetona con cada roce del muchacho, que ahora la abraza por detrás. Los dos se pierden justo detrás del *wc de cavayeros* que está en un extremo, en una covacha a unos metros de la barra.

Ahora aparece un nuevo vacío, no asoma ningún hilo nuevo que justifique la continuidad; a menos que El Tipo comience a fantasear con lo que sucede en la covacha. Por mero morbo, El Tipo entra al *wc* y se estira buscando a la pareja, pero desde ese ángulo sólo ve una vieja escalera metálica. Aguza muy bien el oído, pero sólo escucha un murmullo animado que lo hace pensar en las historias que se escriben en el pasillo y en los cuartos de arriba. Entonces piensa que le gustaría escuchar un gemido femenino rítmico y violento; el azotar repentino de la cabecera de una cama... o no: mejor un pleito, una alegata de borrachos, una letanía de blasfemias contra la mamá de quien resulte responsable por robarse los calzones de alguien; o mejor: un plomazo, o una ráfaga tremenda que cimbre el negocio entero y ponga el ambiente en una tensión dramática, con correderas por acá y por allá, con sirenas amenazantes, paramédicos vueltos locos, mujeres llorosas, clientes asustados bajando la escalera metálica sin calzones pero con zapatos, chismosos en la calle... Pero... nada pasa. El *tipo* se queda pensando ¿por qué no les vio la cara de susto a los del hotel?, ¿Por qué no los despertó, les jaló los cabellos y los amarró, para verlos? Se siente muy ansioso. No sabe ya si debe disfrutar de su trabajo; no sabe si no debe sentir o si ese miedo esencial que le provoca un vacío en el estómago debe cubrirse con alcohol, con sadismo y adrenalina. Da media vuelta y se acomoda frente al enclenque de la barra. Pide un tequila doble, su corazón late fuerte; su mente está confundida. De un trago termina el tequila, se muerde las uñas y voltea hacia el anciano en el equipal.

El hombre, que mira como quien sabe los secretos, no deja de escribir en el cuaderno. Observa al tipo de la barra y sigue escribiendo. Tiembla. El sujeto le mira

con sus ojos desnudos: sabe que el viejo ha desentrañado su mente, que está leyendo sus sueños, sus culpas y sus deseos. Sabe que a ese viejo que escribe, la gente como el tipo le produce náuseas. El tipo le lanza un escupitajo y le grita con una voz trémula y desesperada que taladra el ambiente con los cristales rotos de su laberinto interior: “¿Que me ves, pinche Gil? ¿Qué tanto escribes y escribes, pendejo? ¿eh? ¿Qué me vees?”. El hombre ya estaba pensando en dejar su costumbre de escribir mientras mira a los otros. Estos últimos días estuvo pensándolo seriamente, ¿Será también una especie de cus-cus, pero de escribir?... Está a punto de soltar la pluma para dejar de escribir esto cuand

§

El gemelo malvado de Jesús Eco y Esto no es dramaturgia

Cierta noche, coincidimos De Anda, Arturo y yo, en una lectura pública en el foro Alterno Sempiterno. Por esa fecha ya Gregorio cumplía dos semanas en aislamiento. Fue una mala noche, de esas que te dejan un sabor como de ajo con limón. A De Anda y Arturo sólo les faltó vomitarme encima. En cuanto a los asiduos al Alterno, percibí que mentalmente me lanzaban lechugazos, pero en el mundo 3D, sólo recibí algunos saludos ásperos y miradas incriminatorias. Hasta esa noche ignoraba lo que se murmuraba en los congaes culturosos del corazón de la *ubre*, en torno a los colectivos que habíamos sido “fagocitados” por la oficialidad.

“Nosotros ni en cuenta. ¿Cómo que no?-¿Cómo que no? Me cae. Acá anda el run-run de que el Chueco Eco tenía el encargo de resolver unas movidas presupuestales para unos mafiosos del gobierno del estado y que andaban cazando esquiros para justificar una buena cantidad con sus estímulos subterráneos y dinerito a fondo perdido. Destápalas, pues. Así no fue: es asunto fue que... ¿Cómo que no?-¿Cómo que no? ¿Ya ves? Si, ya vi. Salud. ¿No te dije que se iban a hacer los occisos? Tal y como me dijiste. Pinches arrastrados. Salud. ¿Verdad que te lo dije? Si. ¿Por cuántas monedas, judas? No mamen. ¿No que muy salmoneos? ¿No que “sólo en las márgenes hay tierras vírgenes”, que sabe qué, que sabe cuánto...? Esa frase resultó ser sólo un juego de esdrújulas. No mamen. Un juego esdrújulo más bien. Salud. Ya párenle, ni que les hubiéramos pedaleado sus bicicletas. Salud. No agarres de mis cacahuates, no me vayas a contagiar la corrupción. No mames ¿neta? Gacho por la banda que los apoya. Si, culeros. Su entreguismo es obsceno. Pinches vendidos. Al pito con ustedes, ahí se ven pinches briagos. Salud”.

Fue desagradable tan sólo imaginar que fuimos palomas por querer ser gavilanes. Viéndolo así, sonaba conspirativo, maquiavélico, pero tampoco sonaba imposible. Desde esa noche no han dejado de irritarme ni el sentimiento del agravio, ni el enjuiciamiento público de que fuimos objeto, ni los crueles embates del fuego amigo. Por otro lado, me sigo preguntando en qué parte de la urdimbre, Gregorio y

yo dejamos de lado nuestra perspicacia para no sospechar del interés repentino de Eco y del apoyo dispensado por el secretario, sin que nadie externo hubiera entrado a revisar los detalles sobre el proyecto. También me pregunto si habría algo de genuino en el enredijo inicial de Eco y su ponderado secretario. En fin.

A tres semanas de la ausencia de Gregorio, Trascuento tuvo que suspenderse y hubo necesidad de dejar en el limbo todos los pendientes. En vista de las circunstancias, me tocó ser quien desalojara el cubículo que nos asignara la Secretaría de Cultura y E-te-cé, pues sería ocupado por el colectivo “Vomitivo hipersexual”, una especie de academia de *Post Porn Core*, donde se aprendía a vocalizar con pujidos, entre estruendos de guitarras con hiperdistorsión.

Mientras limpiaba, estuve repasando mis conversaciones recientes con Gregorio, buscando quizá en ellas una pista, un viso que me hubiera servido de alerta.

—¿Sabías que los derviches llegan a un estado elevado de conciencia a través del ejercicio repetitivo de girar sobre su propio eje?; leí de uno que levitó por más de siete segundos. ¿Te imaginas siete segundos en el éter? Si un escritor lograra un estado de conciencia así, imagínate sobre qué cosas escribiría...

—A mí se me figura que eso de girar y escribir al mismo tiempo no debe ser muy cómodo que digamos.

—No al mismo tiempo, caraxo; ponte serio.

—Yo prefiero escribir babosadas aplastado en una silla.

—Babosadas. Ese es el punto, mi Moi. Dejar un legado de puntadas y chistecillos dispersos, no se parece a legar literatura. Escribir babosadas es, literalmente, legar babosadas.

—No sé si darte las gracias o soltarte un chingadazo.

—No te ofendas, cabrón...

—No es eso, ya sé que estás mamando, pero, en serio, creo que los escritores sólo necesitan desbordarse y ya, con lo que traigan: “ser pleamar”, como le dijo Arreola a Borges... no creo que sea un deber generar preceptivas.

—Es que yo no hablo de preceptivas, sino de la posibilidad de elevar la conciencia a través de algún método... como girar...

—Pero eso ya lo hace cualquier escritor. Todos giran sobre sí mismos. Acuérdate de Papini, que dijo algo como que, hasta el escritor más desesperado negador de la felicidad, es egocéntrico, que no se limita a llorar o clamar, sino que se pone a escribir y eventualmente, se propone una audiencia: ese tipo rota sobre su eje personal.

—Fíjate que me gusta más “rotar” que “girar”. Se presta para jugar con la idea de que, a una eventual evolución estética, se le podría comparar con un movimiento de traslación, como los planetas... con estaciones y todo eso...

—Ándale... y en ese juego de analogías se podría reconocer a los casos raros de escritores con órbitas originales.

—¿Tú crees que alguien se va a tragar este diálogo?

—¿A qué te refieres?

—Suenan muy artificiales.

—Que nos disculpe el lector por mamadores.

—Bueno. Ya estuvo suave de tanto desvarío astronómico ... Además, los acomodados conceptuales que hipostasian los campos semánticos tienden a forzarse tarde o temprano. Luego entrarán con calzador las analogías, luego serán cosas distintas... ¿Qué hacemos, sociología de la literatura? No señor, esa ya no es literatura.

—Ese parlamento estuvo más mamón.

—¿Y esto qué es? ¿Una alusión poco original a la cuarta pared, o qué?

—Nos enseñaron a ocuparnos de paredes, pero eso es para la dramaturgia. Para nosotros, nunca existirán ni paredes, ni cielorraso...

—Mamonsísimo.

—Lo bueno es que a estas alturas el lector no sabe quién dice qué.

—Aquí vengo al rescate... insisto en mi alucine inicial: Llevo semanas leyendo sobre los derviches. Los he observado detenidamente por horas en documentales, con una mano al infinito y otra hacia el mundo... giran y, de cierta forma, ascienden. Podría asegurar que a su alrededor generan una especie de vórtice invisible.

—Suenas curioso, pero yo también he pensado que los eremitas y los monjes, antiguos, generaban, cada uno a su manera, una especie de vórtice. No se me había ocurrido así, como un vórtice, pero me late; así casi lo puedo ver: una especie de puente abstracto y tubular entre lo fútil y el absoluto... como los esenios y su ascetismo... Lo que me parece curioso es tu onda con la cultura sufi y los derviches, ¿eso qué?

—De pura casualidad me topé con el Mathnawi; me lo agenció en la librería del Checo Fong y lo leí. No soy teísta, pero me queda clara la capacidad de elucidación, desde la palabra... si lo lees en estado alfa, yo creo que te vas de nalgas...

—Pues habrá que leer algo, pero sin clavarse ¿Te champiñoneaste cuando lo estabas leyendo, buen Greg?

—Nop. ¡Qué lástima!

—Si, ¿verdad?

—¿Dadrev, is? — respondió Gregorio, hablando al revés. Es un juego que hacemos desde la primera semana en que nos conocimos. Es muy *naif* porque lo inventamos a los doce años. Es una especie de estrategia para avisar al otro, que hay que cambiar de tema, que ese tema ya caducó y que hay que girar abruptamente el timón.

—Is — mi confirmación, que indica que apruebo el cambio de dirección.

— Augusto Galán escuchó en una conferencia chingona que dictó un señor barbón de apellido Kulosky o algo parecido, que, si eres capaz de contar hasta cinco mil quinientos cincuenta sin digresiones ni intromisiones del ego, puedes experimentar un cambio de nivel y elevar la conciencia. Dice que el barbón hablaba... algo así como de llegar a un nuevo punto de encuentro con el mundo sensible y percibir distinto... y que, si logras percibir distinto, comprendes distinto... Yo quiero eso.

—Chúpate un sapo venenoso...

—Pero eso es pura fantasía, pura recreación mental... yo quiero algo cósmico... recomiéndame algo...

—Lo único que se me ocurre recomendarte es que mejor ya no te juntes con ese güey de Galán. La otra vez me dijo que en su casa tiene una colección de pedos atrapados en frasquitos.

—No mames, ¿neta?

—Sí.

—¡Órale! ¡qué chingón!

§

Había cambiado su vicio de hablar, por el de llenar cuartillas. Sus cuates se lo agradecían, porque así les daba la oportunidad de no leerlo.

Fernando Díez.

Cinco mil quinientos sin cuento

...Quinientos veintiuno, quinientos veintidós, quinientos veintitrés y ya el pensamiento vagaba perdiéndose en los abismos del yo. En el sueño de ser escritor de verdad. Le resultaba imposible concentrarse con tantas cosas irresueltas en la cabeza. Neuronas anguilas palpitantes. Cuando quiso recuperar la cuenta era demasiado tarde, había que iniciar nuevamente. Uno, dos, tres... Augusto, su amigo que ejercía profesionalmente como escritor (o al menos, cobraba por fingirlo), le había dicho que, si llegara a contar hasta cinco mil quinientos cincuenta sin permitir ninguna intromisión egocéntrica, potenciaría sus posibilidades imaginativas. Cuatro, cinco, seis...

Ese Augusto no tenía ni idea de lo que hablaba, contar hasta ese número sin permitir una sola digresión es un ejercicio simplemente insostenible. Cinco mil cinco, cinco mil seis, *ya casi llego, ahora sí, ponte a temblar, papel, ya te darás cuenta de lo que soy capaz. Te cubriré completo de palabras. Habrá dentro de ti una historia sobre alguien que hace algo y que luego le pasan cosas. Será una historia extraña en donde habrá un personaje principal y quizá uno secundario. O mejor, un personaje y una personaja, que podrían ser el Adán y la Eva del paraíso papelino. Sólo espero terminar la cuenta y entonces aparecerá la historia completa en mi mente. Cinco mil quinientos cuarenta y ocho... casi puedo sentir cómo fluye la trama, cómo me libero de la parálisis creativa que me orilla a recitar números en voz alta... ya me imagino soltando el lastre, deslizándome por el vórtice de las palabras, abstraído, obseso, escribiendo sin parar la historia hasta terminarla, mirando al sol caer y levantarse, y yo aquí mismo, escribiendo como poseído con los ojos irritados y el cabello revuelto en matojos amorfos, mandando al diablo toda responsabilidad mundana que no tenga relación con el arte, fumando hasta por las orejas sin importarme si las bachichas caen sobre la alfombra y se incendia la casa o la colonia; abusando de los gerundios y transgrediendo las alambradas de las formas y el buen gusto, rasgando mis apuntes*

de las clases de español, bebiendo café como inconsciente y... Se detuvo un momento. Todo era egocéntrico, y al mismo tiempo, también era cierto: despertaba... y el cuento estaba allí.

El domingo también se escribe o De lo que se te puede ocurrir cuando te mandan al mercado

A Armando Niebla. *In memoriam.*

Como casi todos los domingos, Armando Niebla se lanzó al mercado a surtir la despensa de la semana. Sacó la lista de compras que previamente le había escrito su mujer y procuró memorizar los primeros cinco productos, para evitarse la pena de sacar el papelito a cada momento “jitomates, cebollas, limones, papas y chayotes. Jitomates, cebollas, limones, papas y chayotes”, y también, para sentirse un poco más dueño de la situación; es decir, no tan expuesto como el mandadero de la casa. Mientras regateaba el precio de un kilo de jitomates pachiches, el dependiente le avisó con un movimiento de barbilla, que volteara hacia atrás. Armando giró sobre sí mismo y se topó de frente con Amalia, una de sus oyentes en el taller de los sábados.

—Hola, profesor— le dijo con un gesto de extrañeza— ¿Qué anda haciendo por acá?

—Hola Amalia— respondió Armando, nervioso— pues aquí, procurando los avíos para el *pipirín* nuestro de cada día...

Una sequedad repentina en la boca lo afectó. Inicialmente la atribuyó a la visceral atracción que sentía por aquella muchacha, por sus rizos tímidos y sus rotundas caderas; aunque luego notó que más bien lo que sentía era una especie de vergüenza, un género extraño de pudor intelectualoide.

—Qué raro— prosiguió Amalia, al tiempo que se alisaba el cabello con suavidad, sin despegar la vista de su interlocutor— yo pensé que los escritores se la pasaban hablando de cosas enredosas en los *cafeses*. Nunca se me ocurrió pensar que también los mandan a surtir la *dispensa*.

“Qué folklor lingüístico tan a la Lupe Marín” pensaba Armando mientras hacía mentalmente una lista de las expresiones de Amalia. “Cafeses, dispensa... los voy a anotar”.

—Pues... como ves, lo escritor no me quita lo ordinario.

Armando fantaseó un momento con preguntarle si iba ahí todos los domingos y cómo a qué hora; luego se imaginó junto a ella en una secuencia de escenas románticas entre las papayas y los chiles poblanos: se miró tomándola por la cintura mientras escogían, entre arrumacos, el mejor manojo de verdolagas. Amalia, que aún lo miraba con un gesto vacilante entre la dulzura y la admiración, atajó:

—Usted podrá ser todo, menos ordinario... los ordinarios, ni fu, ni fa...—remató, mientras se despedía, con una sonrisa blanquísima y un roce involuntario, como una caricia en el hombro de Armando.

Ni a melón le supieron los reproches de su esposa por haber olvidado las lentejas y el cilantro tiernito. Escuchó los reclamos domésticos como voces ahogadas tras una membrana líquida; se sintió ingrátido, como una pavesa, una bracita flotante. Es cierto que ya había advertido cierto afecto especial por parte de Amalia, pero era a niveles tan discretos, que no podrían fundamentar la más mínima sospecha de algún interés más interesante.

De algún modo, las palabras de Amalia vibraban en el interior del escritor, ondulando como proclamas reveladoras: *podrá ser todo, menos ordinario*, “¿será que me quiso decir raro?, no-no-no, hay algo, aaalgo... Ah, qué dulce el sonido de esa voz, y qué tino; qué tino tiene esta mujer... si dice la pura verdad: podré ser todo, menos ordinario”, cavilaba Armando amasando una y otra vez ese instante glorioso. A punto estuvo de asumir en voz alta que compartía con Amalia, aparte del gusto por los poemas y los cuentos, una insólita admiración por él mismo. Esas palabras valían más que el Premio Municipal de Cuento Policiaco de Policías, más que el Premio Regional de cuentos sobre la Región, recientemente ganados. La frase dio un vuelco en sus entrañas y se eslabonó con otras tantas frases por el estilo; frases que Armando coleccionaba aun a pesar de sí mismo:

“Eres toda una promesa, por favor no hagas otra cosa que no sea escribir”, le había dicho el escritor Dante P. Mendívil, quien le entregó el Premio Regional de Cuentos sobre la Región.

“Sus textos son de lo mejor que he leído en años... es usted un escritor fuera de lo común”, fueron las palabras del cuñado del representante del presidente

municipal, quien entregara a Armando el reconocimiento económico del Premio Municipal de Cuento Policiaco de Policías, y quien asistiera al evento en representación de su cuñado, quien a su vez representaría al Presidente Municipal.

Aun cuando una vocecilla interior le recordaba ese proverbio que había aprendido en una pastorela: *La boca aduladora es causa de ruina*, Armando levitaba un milímetro más cada que repetía las frases en sus adentros, reconociéndose de otra manera, aceptando ver lo que, asumía, otros veían o debieran ver en él.

A partir de ese domingo, Armando decidió súbitamente abandonar toda clase de actividades pedestres que representaran alguna especie de riesgo potencial para su labor creadora. Empezó por renunciar a las acciones que desmerecieran su grandeza aun latente: se jubiló de los domingos de mercado, de la tortillería, del taller mecánico y a punto estuvo de renunciar a la imprenta: si no es por la insistencia de su mujer y su obstinación por demostrarle que sin dinero el perro nomás no baila, la imprenta hubiera sido considerada como un obstáculo más. En el fondo, lo que contuvo a Armando, luego del exilio forzado de las aulas donde enseñaba literatura, sólo le quedaban el taller y la imprenta para sentirse de algún modo conectado con el ambiente editorial, aunque en esta última sólo fungía como agregado adjunto del apéndice del ayudante del auxiliar.

Al pasar las semanas, comenzó a sentirse incómodo también con las labores intramuros: “¿Cómo es posible que todo un futuro escritor de renombre esté tallándole el cochambre a la estufa? —decía para sí— Es inconcebible que esté ocupando mi tiempo en arreglar el lavabo, bañar al perro o barrer el patio cuando bien pudiera estar escribiendo una obra maestra... inaceptable desde cualquier ángulo — farfullaba.

Los talleristas de los sábados también comenzaron a notar los cambios que se operaban en el profesor-escritor autonombado promesa literaria:

—Profe, trae una telaraña en la barba.

—Déjenla... todo tiene su razón de ser. *Let it be.*

—Profesor, creo que hoy sólo se puso un zapato...

—No es eso de lo que venimos a hablar aquí... mi pie descalzo no importa... lo de afuera viene valiendo sorbete: lo que importa es lo que guarda la

materia gris, el cacumen: no por nada, pero sepan que en esta cabeza hay tantos textos y tan bien elaborados, que ya hasta mentalmente los estoy pasando en limpio y corrigiéndoles la ortografía... Entiendan que no puedo ocuparme de quitarme telarañas o ponerme un zapato... mi estatus de literato simplemente no me lo permite. Ahora esto parece extravagante, esnob ... empero, para mí, esto es bohemio. Pero qué me importa ahora que se burlen de mis excentricidades: En el futuro se verá cómo los nietos y los tataranietos de los burlones de hoy serán quienes se retraten junto a mi *estuata*, en la plaza.

A estos pasajes, había que agregar que el escritor había concluido, entre otras cosas, que el hábito de bañarse resultaba totalmente prescindible, en virtud del futuro prestigio: “Todos perdonarán a un premio Nobel por pequeñeces como esta, ustedes no se fijen”.

La mayoría de los alumnos optaron por desertar cuando el olor del profesor Armando era insostenible. Armando ni siquiera advirtió que Amalia no regresó al taller después de su encuentro en el mercado. Con las semanas, la matrícula de discípulos se redujo a dos: Fabián, un muchacho estafalario que había perdido el olfato debido al abuso de los inhalantes y que acudía los sábados sólo a reír a la menor provocación; y Don Gil, un maestro jubilado que tenía una cantina en el centro y otra en Tateposco y que seguía asistiendo para capotear a su esposa y a su hija, que seguían con la creencia de que las juntas eran de Neuróticos Anónimos, a donde realmente tendría que haber ido a parar, pues a meses de distancia, su mente aún no podía superar la golpiza que le propinó un parroquiano, nomás por sus pistolas.

Para Armando, la vida en el hogar era cada vez menos tolerable. Una tarde se marchó para siempre del lecho matrimonial, ofendido por la insolencia de su mujer que insistía en obligarlo a retirar a Misifús de su habitación, alegando que los gatos muertos no deben conservarse por más de una semana. “Ella qué sabe. Ni se imagina que le escribo un réquiem al gato y que su cadáver incentiva mi inspiración...” En virtud de las circunstancias, en casa, Armando fue relegado al cuarto de los tiliches.

[¡Ya!, ahorita voy al mercado... Estoy terminando un cuento... nada más mato al personaje y ya... ¡Si, ya voy, ya voy!]

Allí vivió Armando hasta el incierto final de su existencia y, quién sabe, tal vez algún día se le recuerde en un cuento como este.

§

Que no lo haga nadie

Pasaban las 2 de la mañana cuando terminé de guardar las fotos, manuscritos, carpetas y libros. El velador del Kafkiano renegaba a media voz, mascullaba que no había dormido nada por estar esperando, que yo lo hacía perder un tiempo valiosísimo mirando por largo rato cada objeto que empacaba... tenía razón. Llevaba horas explorando, especialmente las notas. Las revisaba con detenimiento, como si quisiera encontrar algo. Tras el escrutinio de unos ficheros amarillos, cada documento me parecía una pequeña revelación; en especial, si se apreciaba el conjunto de fichas y notas sueltas, con las ficciones contenidas en su inseparable cuaderno arrugado, el que cargaba a todas partes y que finalmente encontré en uno de sus morrales. Un cuadernillo de raya, escrito con pluma de punto fino. La letra de Gregorio siempre convulsa y desalineada, otorgaba a los manuscritos una apariencia de papiro.

El cuaderno, desgastado y doblado verticalmente, delataba la manipulación excesiva de que había sido objeto. La segunda página contenía un título borroneado: “~~Manual de la mentira. Para mentir no se...~~ Manual para mentirosos.... Utilísimo manual del mentiroso”.

Se trataba de un cuaderno de ficciones y viñetas, aderezado con notas personales y esquemas. Tenía revueltos apuntes domésticos (“Dejé las llaves en la maceta. Llego a las 7 pm para ir a casa de Román. Atte: Sofía”), esbozos de cuentos, un Kamasutra de monitos borroneados y garabatos. No cabía duda, el “Manual”, era todo un hallazgo. Quizá dentro estuvieran visos sobre la locura repentina de Gregorio. Por un momento abrigué la esperanza de que este cuaderno fuera una pieza clave para entender el último reducto de razón de un tipo entregado a la escritura. Como escritor: bueno, malo, errático, obtuso, audaz, simple, claro, exótico o falaz, ya el tiempo dirá. De mi amigo y de su obra, recupero la devoción a la palabra. A un amigo no se le puede constreñir en un resumen técnico. Que lo hagan otros o que no lo haga nadie. No es eso lo importante. No importa.

§

Oda a la amistad, a las toronjas y a una chora

I. La invitación

— ¿Ya viste la invitación? —me preguntó Gabriela mientras servía el desayuno— hasta la mandaron hacer en imprenta y todo...

—¿Cuál invitación?

Ella tomó un sobre de la mesa y me lo tendió. Yo lo abrí, intrigado: “Están invitados a participar de la modesta cena de aniversario que ofreceremos en nuestro hogar. La cita es el próximo sábado a las 8:00 p.m. Diez años de feliz matrimonio. Julieta y Román.”

—¿Iremos?— le pregunté a Gabriela, que ya se había sentado a la mesa.

—¿Tienes otros planes?

—No

—¿Quieres ir?

—Puede... — respondí sin entusiasmo mientras embarraba una tortillota con guacamole. Julieta y Román eran una pareja aparentemente feliz, pero había algo en ellos. No tenían amistades, excepto Gabriela y yo, y cada que nos convidaban a su casa, resultaba exagerado el protocolo. Román se dirigía a su mujer como “puchunguita” y no dejaba de piroppearla delante nuestro. Ella, le llamaba “corazoncito de oso”. “A mí se me hace que todo es de mentiritas... —decía mi esposa— dice la señora chismosa de la farmacia que le dijo Julieta que a Román ya no se le para y que se tratan con pincitas para no decirse cosas feas...”

Yo había escuchado de boca del intrigante del puesto de periódicos, que a Julieta le gustaban los encuentros con espuelas, máscara de cuero y toda esa parafernalia; que una vez olvidó su celular y le encontraron cientos de fotografías interesantes. Otro vecino chismoso, me dijo que, en alguna ocasión, un perro callejero destripó una bolsa de basura de casa de Julieta, y que habían salido rodando preservativos con quemaduras de cigarro, falos de goma y otros fetiches.

Yo no di importancia a los chismes, pero mi subconsciente ataba cabos y mi chismoso interior también andaba alebrestado. De cuando en cuando me asomaba

al puesto de periódicos, por si acaso Julieta hubiese olvidado de nuevo su teléfono. Uno nunca sabe, en una de esas y sí.

Como no había planes para el sábado, Gabriela y yo decidimos, de media gana, acudir a la cena. El hecho de que no mostráramos entusiasmo no obedecía a que fuéramos mal atendidos, no: al contrario. Por ser sus únicos amigos, éramos agasajados y tratados con una cortesía especial, asfixiante: “¿Todo bien?”, preguntaba Julieta cada veinte segundos, “¿No les hace falta nada?”, inquiría, “¿Otra copita, una botanita, algo más, Sergio...?” etcétera... Román, por su parte, no perdía oportunidad para secundar a su esposa: “*Ándenles*, no se hagan del rogar... con confianza... no se hagan de la boca chiquita...” decía, y esto se repetía en cada reunión. Gabriela y yo experimentábamos sentimientos encontrados cada que recibíamos una invitación, por las manías de la pareja. A propósito, Román tenía una manía muy extraña: coleccionaba bachichas de cigarro y las guardaba en un álbum misterioso, bien clasificadas, con etiquetas y toda la cosa. Siempre sacaba a colación el dichoso álbum. Trabajaba en un hotel muy importante de la ciudad en el que se hospedaban personalidades del cine, de la música y de la política. “Mira Sergio —decía Román, presumiendo sus tesoros— este habano lo chupó Fidel Castro; a este faro le fumó Vaquita la del barrio... Huy, y esta chora perteneció ni más ni menos que a Charlie Parker. Se la compré a un tipo, por internet. Me la vendió carísima...”

Fuera de su faceta de coleccionista, Román era un buen ciudadano. Siempre tenía la cantinita de su casa con botellas para agasajar a sus amigos (o sea, a mí). Eso le daba mi anuencia para coleccionar lo que le viniera en gana. Por otro lado, Julieta era una de esas flores de pantano; sencilla, blanca como nube, de ojos atentos y encantadores. De ella no puedo abundar demasiado, puesto que rara vez cruzo palabra con ella; solo “gracias”, “por favor”, y cosas así. La verdad es que me pone nervioso.

II. La duda

Gabriela y yo salimos bien cambiados, listos para la cena. “Vamos un ratito, y después nos vamos al parían para cantarte unas cancionzotas al oído y

chuchuluquearnos unas micheladas” le insinuó. Ella puso una sonrisita en su rostro “Si no te emborrachas y te peleas otra vez con Román...” “¿Yo?, ¿Cuándo?” frunci el entrecejo. No recordaba haber peleado nunca con mi anfitrión de la noche.

— ¿Ya se te olvidó?

— ¿Qué?

—Lo de la vez pasada

— ¿Qué pasó?

— ¿No te acuerdas?

—No

—Mmmh

— ¿Mmmh qué?

— Nada

— ¿Qué?

— Olvídalo...

— ¿Qué, pucees?

Como el trayecto hasta la casa de Julieta y Román era corto, no pudimos alargar la conversación. Yo estaba confundido por lo que me había dicho Gabriela y quise que nos detuviéramos un momento frente a la puerta, pero Julieta apareció de pronto en el umbral, muy guapa y fresca, aunque algo preocupada... “Pensamos que no iban a venir... como ya es tarde...” Nos dijo, y nos invitó a pasar. Eran las 8:02.

III. El silencio

La casa de Julieta y Román no parecía la misma. A pesar de que todo estaba en el mismo lugar de la última vez, se sentía un silencio pesado. Como de costumbre, los entremeses posaban deliciosos sobre la mesita, Román se sentaba en el sofá, frente a nosotros; pero esta ocasión había una especie de resentimiento en su mirada. Julieta parecía esquiva. Observé con atención la mirada de Gabriela y vislumbré algo raro también en ella. Me sentí ajeno a la tenebra de la escena y quise hablar para romper el hielo.

— ¿Qué hay de nuevo, mi buen Román? — dije tras un suspiro incómodo, pero él no respondió. Julieta irrumpió invitándome una copa. “¡Me la echo!” dije, nervioso. Casi pude escuchar el eco... Apuré la copa. El silencio seguía imperando. Román me observaba con recelo. Julieta mantenía su mirada suspendida en algún punto de la bóveda. Gabriela me miraba con un gesto ambiguo. Yo no sabía qué pensar; sentí que las orejas se me ponían calientes, mis manos sudaban y el cuello de la camisa me ahogaba. Sonreí torpemente. Miré a Román y estuve punto de preguntarle de qué demonios se trataba todo esto, pero él se levantó de su silla y salió de la casa aduciendo que sólo iba por unas fritangas, que volvía en un rato. Nos dejó clavados como estacas en la sala. Yo miré a Julieta buscando una explicación. Ella me sirvió otra copa de Henessy, que bebí de un sorbo.

— Román espera que te disculpes — prorrumpió Julieta.

— ¿Por qué?

— Por lo de la otra vez...

— Pero ¿qué pasó la otra vez? — pregunté más preocupado.

— Sergio no se acuerda de nada — aclaró mi mujer.

— ¿De qué? — pregunté nuevamente.

— ¿No te acuerdas de veras? — inquirió Julieta.

— No... ¿Qué dije?

— Si... ¿Qué dijo? — preguntó Gabriela.

— No sé — respondió Julieta.

— ¿Cómo que no sabes? — arremetí.

— No.

— ¿Y entonces? — espeté, al borde del colapso.

— Tú deberías de saberlo. Román y tú se metieron en la habitación unos minutos y...

— ¿Me lo cogí? — pregunté asustadísimo.

— No, no.

— ¿Entonces por qué tanta bronca? — bramé.

— No seas grosero, Sergio.

— Es que no entiendo nada...

— Esa noche Román se quedó muy angustiado, con el álbum de bachichas en la mano — agregó Julieta.

— ¿Y a mí qué?

— Dice que no está enojado contigo, pero quiere que le pidas una disculpa... dice que le robaste su bachicha favorita.

— ¡Yo seré de todo y sin medida, pero no soy un ladrón de bachichas! — intervine, ofendido.

— Sergio, pide disculpas... — me amonestó Gabriela.

— Pero yo... — bajé la mirada como niño regañado — es que no me acuerdo...

— ¿Ya ves?

— ¿Qué te cuesta, mi amor?

— Ps... bueno...

— Entonces... ¿Te disculpas? — Julieta iluminó su rostro.

— Si...

— ¡Eso amerita otra copita!

— ¡Me la echo!

IV. La sorpresa

— Antes de que regrese Román — dijo Gabriela — quiero hablar seriamente con ustedes dos.

— ¿De qué se trata? — preguntó Julieta.

— De esto — respondió mi mujer, y sacó de su bolso una hoja de papel que se me hizo conocida.

— ¿Qué es eso? — preguntamos Julieta y yo al unísono.

— Quiero que ustedes mismos me lo digan — dijo acusatoria.

— No tengo idea — dijo Julieta.

— Ni yo...

— Es una hoja de tu diario, Sergio...

— Pero yo no escribo diario — me defendí — es más, ni siquiera cada tercer día...

— Bueno... entonces ¿Qué es?

— Léela — Conminó Julieta. En respuesta, Gabriela extendió la hoja y se la dio a Julieta. “Léela tu”, le dijo. Julieta comenzó a leer en voz alta pero poco a poco fue bajando el volumen hasta quedar en silencio, contrariada. “Nada de esto es cierto” dijo Julieta, terminante.

— A ver— dije, y le arrebaté la hoja en cuestión. Gabriela me miraba de reojo. Reconocí mi letra y reconocí la hoja. Era un apunte para un cuento. Suelo escribir de estos apuntes por todas partes y luego no sé dónde los pongo; sin embargo, este apunte en especial era muy delicado — Es un apunte para un cuento— le dije a Gabriela.

— ¿Seguro? — me miró con desconfianza.

— Seguro — dije con una voz grave. En ese momento Román regresaba con bolsas de frituras. Parecía más relajado. Tomó el plato de los entremeses deliciosos y nos ofreció. Yo arrugué rápidamente la hoja del apunte y la metí en mi bolsillo, luego miré a Julieta, como pidiendo auxilio. Ella supo adivinar mi mirada. “¿Otra copita?”, preguntó. Yo acepté gustoso. Ella sirvió una ronda.

V. El apunte

Julieta vino a visitarme hoy por la tarde. Mi mujer no estaba en la ciudad, así que Julieta y yo pudimos hacer todo lo que la enloquece. Mi hermosa Julieta es una de esas flores de pantano; sencilla, blanca como nube, de ojos atentos y encantadores. Sus labios son rosas y delgados, tiene un perfil señorial y un par de pechos, aunque un poco desalineados, sabrosos como toronjas maduras. Cuando hacemos el amor, no cruzamos palabras; no hace falta, nuestros cuerpos han inventado un lenguaje que gua-gua-guá...”

Ese era el apunte. Luego de releerlo quise cambiar algunas frases, palabras, verbos y adjetivos ¿Cómo que sabrosos como toronjas maduras? Guácala. No cabe duda de que, al calor de la emoción creativa escribe uno cada sinsentido. Sobre todo, me dio por cambiar en ese instante el nombre del personaje. Resultó muy difícil convencer a mi mujer de que era sólo un apunte y no una revelación pasional... En fin.

VI. La reconciliación

— Román— comenzó Gabriela— estuvimos platicando en tu ausencia y...

— Y yo tengo algo que decirte — le arrebaté la palabra. El rostro de Román se alumbró, sus pupilas brillaron y mostró su sonrisa manchada, pero feliz. Le pedí disculpas por no sé cuántas cosas. Los coñaquitos afloraron en mi lengua y discurrí ampliamente acerca de la amistad, el perdón, el amor, la vida, la fidelidad, la democracia y hasta la emancipación de los pueblos oprimidos. Rematé exigiendo coñac para todos “para afianzar este momento de reconciliación”. Julieta se levantó presta y sirvió copas y más copas.

La noche fue entrando en nosotros. Bebimos algunas revolturas extravagantes cuando se evaporó el Hennessy: Don Píter con Ron Cawey y un chorrito de vodka. Los protocolos acostumbrados pasaron a la historia. La casa de Julieta y Román se iluminó con una fiesta verdadera. El silencio se transformó en un bullicio alegre y las charlas acostumbradas pasaron al anecdotario de los viejos conocidos. Nos alcanzó la madrugada entre abrazos y rancheras *a capella*. Uno a uno caímos, cansados, alegres, ebrios. Primero Gabriela quedó recostada en un sillón; luego Julieta se acomodó en la alfombra, recostada sobre un oso de felpa. Román quedó atorado inexplicablemente entre la taza del baño y el cesto de la basura. Yo quedé rendido sobre el sofá con las piernas tirantes y la cabeza echada para atrás.

VII. Las toronjas

La aurora que asomaba a través del ventanal proyectaba una pantalla de claridad sobre mis párpados cerrados. Se escucharon cinco estridentes cantos de gallo cercanos. Me pregunté a quién chingados se le ocurría tener gallos en esta zona de la ciudad, y luego recordé al vecino zombi de Román que según se había sacado la lotería y se había vuelto gallero. Con el ruido, vinieron a mí un fuerte dolor de cabeza y una resaca de antología. Mis labios tenían ese resabio amargo y pegajoso del siguiente día, cuando se me ocurre no hacerlo nunca más. “Agua” pensé... Abrí los ojos lentamente y me retiré algunas lagañas endurecidas. Frente a mí estaba Julieta, observándome de cerca, dando la espalda a Gabriela, que dormía. Podía sentir su cálida respiración cerca de mi cuello. Quise decir algo, pero ella me lo impidió con

una señal. La miré, boquiabierto. Ella desabotonaba su vestido y se despojaba de él, mojaba sus labios y se contoneaba coquetamente. Aunque Gabriela estaba roncando, me preocuparon algunas moscas calenturientas que rondaban cerca de su rostro y podían despertarla. Julieta se aproximó, se puso un antifaz verde, de terciopelo y se me echó encima ofreciéndome sus senos desnudos.

— ¿Verdad que no es cierto? — me susurró al oído.

— ¿Qué? — le pregunté temblando.

— Que están desalineadas...

— ¿Q-q-qué? — dije entre asustado, modorro, lascivo y asombrado.

— ¡No te hagas!... ¡Estas toronjitas! — me dijo, y las frotó contra mi cara. El camino que elegí fue ceder. Acaricié sus redondeces. Recorrí su figura, temblando por la excitación y ante el peligro de ser descubiertos. Julieta sacó un cigarro de sólo Dios sabe dónde, lo encendió y el humo me provocó un ataque de tos que quise disimular con torpeza y que derivó en una suerte de pelea de gatos trasguñándose en mi garganta; en tanto, Julieta sonreía, casi malévolamente. Por poco despierto a Gabriela.

— ¿No te emociona? — me preguntó Julieta sin dejar de contonearse sobre mí. Quería contestarle que era maravilloso, que era una sinvergüenza y que la deseaba como un animal, pero sólo pude balbucir entre jadeos, muy quedito: “a-apaga el ci-ci-cigarro”.

— ¿Aquí? — dijo ella, al tiempo que aplastaba el cigarrillo justo en mis partes ahora no tan nobles: me desgañité por dentro, movido por el instinto de conservación. Sin embargo, al contrario de lo que pudiera pensarse, eso no debilitó mi ímpetu. Extrañamente me hizo alcanzar un punto del éxtasis que yo desconocía y me orilló a forcejear guarramente con mi voluptuosa anfitriona. Julieta se contrajo repetidas veces con intensas pulsaciones y se retiró de mí, sonriente, con una suavidad asombrosa, casi con ternura. Gabriela aún dormía como un ángel. “Con qué cara la miraré”. Me pregunté cómo haría para vivir con aquello; luego también me pregunté si acaso seguiría siendo funcional “aquéllo”.

VIII. La otra vez

Después de esa velada estuve pensando en todo lo que pasó y tratando de recordar qué había pasado “la otra vez”. A fuerza de hurgar en mi cabeza, y en algo parecido a un trance, visualicé la escena: Román y yo habíamos entrado a su recámara porque quería mostrarme una nueva adquisición para su álbum. En un descuido, yo arranqué la bolsita que contenía la colilla original de un chorro de mota que, según le había contado el pelafustán que se la vendió carísima, perteneció a Charly Parker. Le dije que iba al baño y ahí, reduje a cenizas la memorable chora. Después de eso, ya no me acuerdo de nada.

Ultramoderno

Si definir al amor; si escribir sobre el amor fuera un asunto sencillo, Tito Galán hubiera terminado su texto en un dos por tres; sin embargo, ahí estaba, bufando frente al monitor, sudando la gota gorda para salir con tres líneas dudosas que terminaban engullidas por el fondo blanco con el clic de la tecla “suprimir”. ¿Cómo podría escribir sobre tal cosa? Tito, que nunca había tenido una relación seria con mujer alguna; cuanto más, un desliz de borrachera en el *Couple's*, el lugar de costumbre. Un desliz de esos que en la cruda quién eres y qué haces en mi cuarto. Soy Tito, el que publica una columna en... Anda vete rápido, porque me da vergüenza y si te di mi número, por favor, no se te ocurra llamarme, no eres feo, pero te apesta la boca, coges mal y estás pendejo.

Y qué bueno, qué oportuno en estos tiempos de lo que sigue al amor líquido y las otras delicuescencias posmodernas; cuántos varones darían hasta lo insospechado por tener historias así para contar; y qué sencillo, porque Tito tenía el esquema muy bien estudiado.

En realidad, en el *Couple's* no habían sido pocas las presas del Tito hueco, pero hilarante. “Disculpa: ¿Tú sales en la tele?, ¿No?... pues deberías, porque estás muy guapa...” y jijí-jajajá. En ese chiste, algunas huían, otras hacían cara de fuchi, pero casi un tercio se enganchaba a la voz profunda y un poco impostada de Tito, ante sus grandes ojos azules, su torso firme, su musculatura, sus camisas entalladas y los demás complementos de su estilacho *fitness*, que en él, constituía su venganza de adolescente sin chiste, que pasó desapercibido mil veces ante el sexo opuesto. A veces le daba por platicar gritando en medio del punchispunchis de la música electrónica, moviéndose al ritmo y sudando como cerdo: “Manejo una revista y publico cada semana la sección *Bellezas tapatías*... y entonces te vi... y pues, te quiero entrevistar ¿cómo ves, beibi?” y jijí-jajajá... “No, en serio, hago el suplemento de moda del periódico *XYZ* punchispunchis-punchispunchis... y soy amigo íntimo de Anselmo del Moro ¡ah!... y... además... fui jurado en Miss México, ¿no me viste?, anoche entrevisté a...punchispunchis-punchis-cui-cui... luego vamos a un café, o a un bar... tengo una casa en Vallarta... Me gusta visitar el *Couple's*, porque se conoce

gente diferente... punchis-punchis-punchis. ¿Es la primera vez que vienes? Te confieso que, en el fondo, lo que busco es una conversación chida con una chica inteligente... y uai-emci-ei: (uai-emci-ei) ... bueno, también me interesa un buen encuentro carnal... acá, chido y así...” y jijí-jajajá. Así buscaba matar su melancolía de Ken de barro a medio cocer y los embates de locura que acaso dejaran en él, los kilos de éxtasis consumidos a lo largo de sus años de cronista vacío y perpetuo lambiscón de la *socialité* de Guanatos.

A Tito Galán lo rondaba el fantasma del amor de una manera poco usual. El fantasma era *Ella*. Era un poco más alta que él, de piel tostada, esbelta, cabello castaño a media espalda, nariz pequeña, dos gemas en sus pupilas color miel, un cuello limpio y unas manos delicadas. Tenía el rostro inolvidable de Tina a sus diecinueve años, la que sonreía con dulzura cada que Tito tartamudeaba para dar los buenos días. Las piernas y los pechos eran de Michelle, la segunda mujer que conoció en *Couple's* y que prácticamente lo secuestró y lo condujo al hotel luego de cruzar apenas tres palabras. Las manos eran de Gala, su novia en la secundaria: limpiísimas, pequeñas y siempre cálidas.

A Ella le llamaba fantasma porque aparecía de pronto, etérea, junto al escritorio, limándose las uñas, contemplando absorta cómo escribía Tito sus desvaríos. Tito pensaba que lo había afectado la película de Mauricio Garcés, y que le ponía su tío Carmelo —el dueño de XYZ— todos los días en la mañana, en la VHS, a partir de que lo descubrió dándose amor propio en la sala. En la película, el personaje principal era un tipo obsesionado con formar la efigie de una mujer ideal, con recortes de fotografías de modelos; y, para suerte del personaje, la imagen resultante tenía su correspondiente de carne y hueso.

Para el tío Carmelo, hombre conservador y “solterón empedernido”; poner la película a su sobrino de, entonces, trece años, era una especie de concesión para lo más cercano que tenía a un descendiente. Se había quedado sin padres, el pobrecillo. A Tito le entristecía reconocerse en la superficialidad de su inspiración primitiva: su pequeño gran dilema, que a la vez constituía su motivación más irracional y su ideal más acariciado, aun cuando casi pudiera atisbar en ello, la puerta a su propia desgracia. No podía negarlo, últimamente sentía con más fuerza que

nunca un apego enfermizo hacia Ella. A veces llegaba intempestiva y desnuda y lo abrazaba cariñosamente por la espalda, dejando la tibieza de sus pechos posarse sobre el cabello de Tito. Él sonreía y le hablaba entre susurros: “Qué bueno que llegaste, mi preciosa ¿Te preparo un café cargado?”

Había ocasiones en que Ella se ausentaba por varios días, sin dar explicaciones. Era cuando Tito recurría al *Couple's* a corromperse un poco, pero una vez ahí, se bebía de un sorbo lo que le pusieran enfrente, luego temblaba, incontrolable de remordimiento y salía del lugar a punto de lágrimas. Llegaba a casa borracho, con tremendo nudo en la garganta y un intenso deseo de abrazar. Subía a su estudio, y ahí aparecía Ella, para redimirlo sonriendo suavemente, esperándolo en su regazo, saciando su sed de compañía.

Ocasionalmente alternaba las ausencias con recibimientos de telenovela-Maldita educación ochentera. Y el Tío Carmeliux que era enemigo de la TV de paga y que había destrozado la antena paradiabólica a marrazos cuando descubrió que llegaban diecisiete canales de películas porkys y sólo dos de noticias. Tito siempre pensó que, haberse nutrido de la programación de los tres canales de televisión abierta a raíz del arranque de furia del tío, habían dañado irremediablemente su imaginación. Quizás por eso Ella se parecía a lo que le dibujaran aquellas representaciones planas y maniqueas de la feminidad. Para colmo, al tío se le ocurría encargarse a Tito, leerle en voz alta, reportajes y notas de revistas donde se hablaba de la cintura de Alma Muriel, de los ojazos de Verónica Castro o de las chichis de Julissa. Con ese ejercicio, el tío Carmelio se sentía más a tono para proponer temas a los chamacos del pasquín semanal que en ese entonces ya empezaba a funcionarle. Empero, para Tito, no había Almas Muriel ni Verónicas Castro que se aproximaran en lo mínimo a Ella. Ella, además de contar con una apariencia prácticamente perfecta, también se conducía con nobleza, ternura y lealtad, y no escatimaba en detalles para Tito. Un sábado de junio, Ella lo recibió con la habitación cubierta de pétalos de rosa y una cereza sobre el ombligo. Otra ocasión, Tito se sorprendió al mirarla postrada sobre la mesa, con la pasta y la ensalada sobre su cuerpo: dos canapés de salmón yacían en los pezones y un *mousse* de café sobre el pubis. Estos y otros detalles lo tenían embelesado.

Trastornado de un amor sin remedio, decidió alejarse para siempre del *Couple's*, a menos que urgiera demasiado al cuerpo, tocar unas piernas de carne y hueso o besar unos labios de verdad. Se regocijaba cuando, al volver del trabajo, entraba a hurtadillas y la encontraba limpiando la sala, ordenando sus libros o preparando una cena suculenta, como una esposa hogareña y amorosa. Qué monserga de educación familiar televisada, como de película en blanco y negro, con Marga López. El modelo seguramente era calcado, pues casi no recordaba nada de su propia familia. En ocasiones, Tito renegaba reconociendo en el cliché su minimalismo imaginativo, su machismo encarnado, imbuido en sus impulsos y en sus deseos más primarios. Se jalaba de los pelos. Dormía Tito los sueños más deliciosos con Ella entre los brazos, o él en su regazo cuasi maternal. Mil veces maldito Freud para *dummies*. Al despertar, el regocijo era tal, que un impulso espiritual lo llevaba a agradecer al infinito por esos días felices.

Los problemas comenzaron cuando Ella le pidió que se casaran, que la reconociera frente a la sociedad; cuando le dijo que toda mujer, incluyendo las imaginarias, tenían derecho a esto y lo otro, y que últimamente lo notaba irritable, cansado y ausente. Tito Galán comenzó a dar evasivas, a explicarle lo difícil que serían los trámites del matrimonio, la oposición que encontraría entre sus familiares y amigos; “mi tío Caramelo, literalmente no podría verte ni en pintura...” Luego hubo un periodo de largos silencios. La miraba por ahí, sollozando, ajena, metida en sus cavilaciones. Dormían juntos, pero la piel de Ella se había tornado áspera y fría.

Una noche fresca de enero, se sentaron a conversar, asumiendo que era el momento de abrirse de capa hacia el otro y reconociendo que sólo se sentirían plenos en una relación madura y honesta. Ambos expusieron sus puntos de vista, renegociaron los fundamentos estructurales de su convivencia, lloraron un poco, se embriagaron y al final, de ese pasaje de proximidad espiritual casi de otro planeta, cedieron a la pasión. Irremediable llegó su apetito y esa noche tuvieron una cópula transmaterial arrebatada, de locos sádicos románticos extáticos. Amor transmaterial, onda más que post-posmoderna: ultramoderna.

Las cuatro siguientes semanas fueron gozosas y dulces, llenas de abrazos y caricias. Tito Galán se puso nuevamente la casaca de cuentista prolífico y llevaba

con alegría la coordinación del suplemento en el periódico. De vez en cuando se acercaba al taller de El Loco Niebla, para inspirarse un poco y forzarse a corregir sus historias. Todo transcurría de un modo inmejorable, pero el martes de la quinta semana, ella se sintió distinta, su mirada diáfana adquirió repentinamente un sutil y hermoso brillo. Tito notó en el rostro de Ella una expresión difusa de ternura. Para el viernes, Ella le confesó que estaba esperando un hijo. ¿Cómo no amar a ese trozo de sí en el incorpóreo vientre de ella? ¿Cómo no sentirse jubiloso, como purificado? Sin embargo, su lado racional lo confrontaba: ¿Cómo explicar todo esto al común de los mortales? ¿Cómo escribir la editorial del suplemento *Las letras y el amor*, sin exponer su prestigio? ¿Cómo podría escribir sobre tal cosa? Tito Galán, que nunca había tenido una relación seria con mujer alguna. Cuanto más, un desliz de borrachera en el *Couple's*, el lugar de costumbre, de esos que en la cruda quién eres y qué haces en mi cuarto...”

§

Si un hombre atravesara el Paraíso en un sueño, y le dieran una flor como prueba de que había estado ahí, y si al despertar encontrara esa flor en su mano. . . ¿entonces qué?
S. T. Coleridge

¿Entonces qué?

Dentro de mí hay un calidoscopio, viven como duendes inquietos mis fractales, respiran al unísono, se dividen en cuadros, unidades infinitesimales que me repiten una y otra vez, soy el grafógrafo, el prodigioso miligramo, soy un cronopio y un octopato, mi pensamiento es Aleph, mi voz jitanjáfora que madura: soy un Samsa escritor.

Hay en mí, demasiados seres, súcubos que me hacen escribir. Hablan en mi cabeza, mientras me baño. Cuando Crosthwaite me dijo eso de los diálogos que se mueven dentro de uno, que los personajes platican e interactúan por sí mismos, en la cabeza, lo juzgué un principio esquizofrénico; pero ahora, la charla de estos personajes que me habitan es real.

Anoche soñé que mi maestro de literatura en la preparatoria dirigía el taller Trascuento y que los del Ateneo éramos los talleristas, cada uno preservaba su nombre, pero todos tenían mi rostro. Era simplemente aterrador. Quise escribirlo, pero me salieron tres renglones poco descriptivos e incomprensibles fuera de cierta intertextualidad.

Por la mañana le pregunté a Esquinca que si él se inspiraba en sus sueños y me dio una respuesta muy extraña: que sí, pero que se debe tener cuidado, porque si uno mismo aparece en el sueño y luego lo escribe, eso lo vuelve a uno personaje, lo cual lo introduce a uno en un misterio alquímico de la escritura cuyas consecuencias podrían ser indeseables. “Escribir sobre un sueño en el que uno es personaje, es un ejercicio de reelaboración de la ficción mental; es decir, una ficción de la ficción, ello, por mera lógica matemática suscita alteraciones en la realidad tangible”; o sea, que si uno se sueña —lo que es ya una ficción— y además eleva al cuadrado el acto de la ficción —volviendo literatura un sueño en donde uno ya está ficcionado—, eso lo vuelve a uno personaje en la vida real, con el riesgo de quedarse como tal para siempre.

Me habló de un grupo secreto de escritores que se hacían llamar Los demiurgos, que practicaban una liturgia conocida como Transcripción Ensoñante, una especie de ritual para operar las alteraciones a la realidad, con algunos principios esotéricos de los cuales sólo recuerdo el de dictarse a sí mismo lo que sucede

en el sueño, en tanto dicho sueño esté activo: “Dicen que se trata de tomar nota en el sueño, inducir la ruptura, despertar y levantarse a escribirlo con toda fidelidad. Si esto se logra, sin omitir palabras, se origina el cimiento de un puente potencial entre realidad y ficción. Con el debido entrenamiento, hay posibilidades de ir y venir, aunque la posibilidad del no retorno es latente”. Según esta versión, o al menos, según lo que entendí; incluso los que lo hacen con una conciencia profunda, requieren diseñar un conjuro o portar un tótem, para no extraviarse. El tótem puede ser un recuerdo con una impronta afectiva muy profunda o un objeto personal al que se le tenga un gran apego, para que funja como anclaje al plano de la realidad al que se desea retornar.

—*He sabido de algunos casos, y al menos dos, tienen su conjuro para viajar entre las dimensiones realidad/ficción.*

—*¿En serio crees en esas ondas?*

—*Uno no puede escribir sobre cosas que no cree...*

—*¿Y de dónde sacas la jalada de que hay lógica matemática en todo ese asunto?*

—*Menos por menos da más; en China, en Marte o en la Galaxia de Andrómeda. Eso se aprende en la secundaria, mi buen.*

Yo puse cara de lelo. Durante varios minutos no entendí ni madres, salvo la posibilidad de pensar en una alteridad dimensional, y eso me pareció fascinante. Una transición factible de ser-humano a ser-personaje: que idea tan atroz y sublime al mismo tiempo.

Ese día, pasé horas pensando en lo emocionante que sería vivir esa transición y en lo importante que debía ser tener un legatario o al menos alguien que supiese de tal movimiento, como lo hicieron todos los que se dice que han ascendido al cielo con todo y tenis, que dejaron testigos para sembrar la fe o el pánico.

Si yo quisiera la transición, le avisaría al Moi y mi conjuro sería hablarle al revés tres veces seguidas; él, tendría que pescar el acertijo, porque siempre hablamos una sola vez al revés, para cambiar de tema. Por otro lado, me da curiosidad saber si son posibles las transiciones, a la inversa, de allá para acá...

§

Tigre de papel

Aquel mediodía, mientras almorzaba en un conocido restaurante de la ciudad³, que está frente al edificio de la editorial donde trabajo; me topé con quien fuera mi profesor de literatura, en los tiempos en que despertaba en mí, el interés por escribir. Contaría yo unos dieciséis veranos. De pipa chapada, barba bífida, gafas espesas y traje de lana. Le miré empequeñecido, como si los veinte años que pasaron desde nuestro último encuentro hubieran sido cincuenta. Recordé entonces aquel episodio en la prepa.

Yo sabía que el profesor gozaba de cierto prestigio entre los maestros y en algunos círculos extraños, por haber publicado más de tres títulos; y, por otro lado, no me eran desconocidas sus hazañas de poeta declamón. Era lo más parecido a un escritor en el panorama cultural disponible en los márgenes de la ciudad y, además, estaba a cargo de la clase de literatura. En ese tiempo, por alguna razón asumí que era el indicado para darme una opinión sobre mis incipientes producciones. Una vez le mostré un minicuento al que titulé *Minificción*, que decía:

La bacteria reencontró a su prima lejana en un estornudo. Filosofando en medio de un mar de mocos, asumieron que el mundo es un pañuelo.

—¿Qué le parece, maestro Niebla?

—¿Qué me parece qué?

—El cuento...

—¿Cuál cuento?

—El que le acabo de mostrar.

—¿Eso es para usted un cuento?

—...

—¿En qué planeta? Eso no es cuento ni es nada, o usted no es terrícola y yo soy un payaso, porque si usted me dice que eso que acabo de leer es un cuento me lo va a tener que sostener con pruebas ¿Quién dice que eso es un cuento, a ver? ¿Quién lo dice? ¿Dónde dice que ya podemos saltarnos el planteamiento, el nudo y el desenlace? ¿Y los personajes? ¿Usted cree que unas bacterias puedan ser personajes de algo? ¿Eh? ¿Me oye? Usted debe de ser fanático de esos jipis malhechos que aman la leperatura. ¿Ya leyó a Homero? ¿A Góngora? ¿Tiene acaso un ejemplar de mi *Manual para escribir literatura verdadera?*...

—Entonces, ¿qué opina del texto?

³ Conocido por sus pésimos desayunos.

—Ah, vaya... si le llama texto, la cosa cambia. En efecto, es un texto. Un mal texto. Carece de realismo, es bastante sintético y además no aporta nada al lenguaje. Es, digamos, algo digno de alguien como usted...

—Gracias, maestro...

—Cuando quieras muchacho; claro, toma en cuenta que se trata sólo de una humilde opinión. No te desanimes... cómo te explico... mira, yo no puedo decirte que empecé como tú, así escribiendo barrabasadas. Yo empecé con sonetos muy cuidados, pero como sea, es un inicio. Quizá algún día, con esfuerzo, llegues a escribir como yo, entonces nos entenderemos mejor...

—Gracias, maestro

—Si quieres un consejo...

—Gracias, pero mejor no...

—Bueno, entonces no hay nada más que hablar, jipi

— Gracias, maestro

—¿Dónde se esconde la luz del conocimiento?

Dónde se oculta el inmenso sol del raciocinio

Recuerda siempre que no en el mar del pensamiento

Recuerda que no en el azar ni en el vaticinio

Se oculta sí en las palabras sabias de tu perínclito maestro

Se oculta sí en la voz que su vasta cultura y experiencia te prodiga...

Y siguió discurrendo conmovido, con una voz impostada y gesticulaciones antinaturales. Algunos morbosos le hicieron ronda. Yo no pude escuchar el final porque el corazón me tapaba los oídos. El desplante me valió que me mandara a examen extraordinario. A los meses, sonaron los rumores de que había enloquecido.

Este recuerdo vino a mí mientras daba sorbitos al café desabrido que se servía en el conocidísimo restaurante. “¿Habrá desenloquecido?”, me pregunté.

Cuando subí al estudio, me encontré con la estampa del maestro Niebla, que andaba de un extremo a otro. A mi llegada se adelantó Miriam, mi compañera de diseño y nos presentó:

—Güero, aquí, el señor Niebla, tenía cita para revisar los detalles del proyecto que te platicué...

—Gracias, Miriam... ¿De modo que es usted el autor de “Memorias del prócer desconocido al que todos deberían de conocer”?

—A sus órdenes.

—¿El mismo que quiere que se le imprimen en esta editorial sólo veinte ejemplares de su obra?

—Así, es... por motivos económicos, principalmente... y porque deseo un libro con el sello de esta casa en la portada, fundamentalmente...

—¿Y qué es lo que busca con esa autobiografía que no es autobiografía?

—Es un sueño anhelado, básicamente. Me gustaría regalarlos a personas que estimo y otras que deseo que me estimen, francamente...

Pensé en ese recordarle con el debido encono, el pasaje de la prepa, y algunas de sus secuelas en mis intentos por escribir, pero me contuve.

—Está bien —dije— quizás podamos hacer algo al respecto... pero en una edición de autor... lo único que le pido, antes de acordar los términos y para preservar un poquito el mínimo de buen gusto; es que omita las falacias evidentes, como la parte en que usted se atribuye la autoría de Pedro Páramo y la parte en que rechaza el Cervantes.

Niebla me miró con sus ojos de tecolote, se rascó la barba, tomó su manuscrito y se fue balbuciendo cosas sobre mis ascendientes y el futuro de las letras. Mientras se retiraba del lugar, comenzó a vociferar sentencias sobre el fin del mundo. Yo no pude escuchar porque el corazón me tapaba los oídos.

De cómo Pebro Beteta se convirtió en personaje

Aunque joven aún, Pebro⁴ Beteta es ya un hombre disminuido, de piel rancia y descolorida, de un aliento animal, unos dientes amontonados y amarillos. Su postura curvada, signo indudable de una joroba precoz, sus brazos largos y flacos, dibujan en él tal predisposición a la mala fortuna, que, quienes lo conocemos personalmente jamás nos escandalizamos con sus anécdotas personales, por lo general, inoportunas y detalladas hasta la náusea. A todo lo anterior debe agregarse, para redondear el tipo de Beteta; su tono moquibundo y la rapidez inaudita de su dicción.

“¿Por qué crees que llegué tarde, López? Me quedé encerrado en el baño del mercado. Ya ves que voy ahí a comer entre semana ¿no? No en el baño en el mercado bueno sólo que ande muy de prisa pero se me hizo raro porque siempre cerraba bien la puerta pero ahora la puerta se quedaba un poco abierta entonces le cerré bien fuerte y como que se atascó ahí el pasador que estaba medio chueco pero ya cuando quise salir no jalaba bien y de veras que me urgía salir porque como andaba malo de la panza porque el caldo michi tenía puños de chipocle olvídate y ya ves cuando uno anda malo de la panza como que el aroma es más funesto y te digo ya quería salir y la puerta bien atorada y ya quería salir de ahí porque como tapé el baño que me pongo a darle de patadas a la puerta para ver si me oía alguien pero como los encargadillos de ahí salieron a comer pues nadie me abría y ya estuve ahí buscándole cómo hacerle y como es de esos baños donde se les ven los pies a la gente entonces me puse a pensar ¿cabré o no por debajo? y hasta medí la altura de la puerta así con los dedos y ya me medí la panza y la cabeza y según mis cuentas si cabía pero estaba bien chiquito el baño y entonces tuve que torcerme un montón para poder ponerme pecho a tierra pero el suelo estaba bien mojado pero pues ni modo de quedarme allí y luego ya estaba todo sucio y pues ya nada más era cosa de echarle pa 'delante, ¿no? si me dije yo mismo ánimo ánimo tú puedes así que comencé a arrastrarme pero el piso de cemento estaba todo rasposo en eso que se

⁴ Así le puso el secretario disléxico del registro civil. Pebro tiene un hermano al que le pusieron Padlo.

me aventó el ladrillo en la cabeza mira nada más el chipotón que me hizo pero no me enojé tanto con él porque la neta si lo entiendo y es que cuando me pongo a escribir pongo el radio a todo volumen pero en ninguna estación porque me gusta cómo suena la estática y la interferencia porque se me figura que me ponen más creativo así que yo creo que no lo dejé dormir pero qué bueno porque ese tipo también me ha provocado pesadillas desde que me platicaron que su novia es una chiva que tiene en el patio y ya te digo me la pasé escribe y escribe yo creo que me hizo daño el café como el frasquito de café ya lo tenía ahí guardado desde sabe cuándo y el otro día me hallé un ratón muerto adentro, me...”

Así era Beteta: Un personaje, o más bien, un “pre-personaje”, pues aún faltaba fijarlo en palabras. Digo “era”, porque su tono acostumbrado y su desparpajo había venido cambiando en nuestras más recientes conversaciones. Hace dos semanas que tocó a mi puerta, se notaba bastante preocupado.

“¿Te acuerdas de Tito, López? Si hombre Tito Galán el que venía al taller del profe Niebla... ya ves que también se volvió loco y lo corrieron del periódico donde escribía ¿qué crees? desde el mes pasado llegó a quedarse en mi casa que porque ya no le ajustaba ni para la renta lo recibí medio de malas porque con alguien así de jodido de la chompeta uno nunca sabe fíjate que en sus alucinaciones tiene una esposa y un hijito y se pone rete celoso se enoja cuando yo ando por la casa en puras trusas hace como dos semanas hasta me agarró a chingadazos que porque ya me había visto de lanzado con su señora ¿Cómo ves, López? Pinche vieja es invisible o sea ¿si me entiendes? es imaginaria y el zurumato de Tito de celoso yo creo que está muy enfermo de la mente ¿no crees? ya ni la friega mano no te rías cabrón no seas gacho si me puso unos patadones aquí y acá mira aquí me mordió en el hombro y fíjate yo ni en cuenta pero eso no fue todo pinche Tito después de que le abrí mi casa primero me quitó de mi cama y me mandó a dormir en un cartón y ya encanijado porque según sus nervios andaba espionando a su mujer y antier ¿no me quitó las llaves el desgraciado? que porque llego a la hora que yo quiero y que a esas horas el nene ya está dormido y bueno yo le decía pero ¿cuál pinche nene? ¿cuál pinche nene a ver? Además es mi casa ya sabrás llevo dos noches nomás pensando cómo sacarlo de las puras patillas pero me mira bien feo y como hasta hoy no se me

ha ocurrido nada mejor me salí tempranito antes de que se levantara y me pusiera otra madrina y ahora ya no sé si regresar ¿dame chance de dormir en tu sala no? ¿cómo ves?”

Yo, que escuchaba atento a Beteta no me aguanté la risa. Si me preocupó, la verdad, pero es todo tan absurdo que no supe cómo reaccionar. Entre risillas ahogadas le sugerí, sin pensar mucho en lo grave de la situación: “No te dejes, Beteta, ese safari se aprovecha porque te ve la cara de asustado; mira, hoy te consigues un mecate bien macizo; es más: llévate éste... te brincas por la ventana, entras en silencio y, cuando esté dormido lo amarras con mucho cuidado, le quitas las llaves, le pones unos coscorrones y listo: verás cómo se le quita lo gandalla...o mejor: aviéntale la policía”

Pasaron algunos días para volver a encontrarme con Pebro, y, para ser franco, fui yo el que anduvo rondando por sus terrenos para conocer el efecto de mi consejo. No hubo necesidad de esperar mucho, Beteta es un tipo con un itinerario muy acotado. Lo encontré en una tienda de abarrotes, comprándose un gansito.

—¿Qué pasó Beteta? ¿Ya te deshiciste del parásito de Tito? —tanto era mi morbo, que le lancé la pregunta sin que mediara un mínimo viso de cortesía. Sucedió algo raro, esta vez noté que Pebro me ignoraba deliberadamente — ¿En qué paró el asunto?

—...

—¿?...

—...

— ¿Ya, me vas a decir?

— Mejor ni me preguntes cabrón gacho no te voy a contar nada. Tú siempre te burlas de lo que me pasa... No sé ni por qué te hice caso... Pero un día mi suerte va a cambiar, culey.

Involuntariamente solté una risotada, casi saboreando un nuevo relato.

— ¿Qué te digo? La gente va a pensar que vienes drogado ¿De qué te ríes si todavía no te he contado nada?

—Ya, Beteta... No es por ti, hombre, es que me acordé de una cosa —mentí.

— ¿Quieres saber cómo me fue por hacerte caso, culero? Te voy a decir nada más para que me dejes en paz lo amarré como tú me dijiste y le quité las llaves de mi casa hasta ahí todo iba bien pero cuando su esposa se dio cuenta de que estaba atado se abalanzó sobre él y lo tundió bien gacho a garrotazos pobre Tito quedó irreconocible tiene los ojos bien hinchados y le tumbamos como cinco dientes y ahora la esposa no deja de molestarme me ha dicho hasta el cansancio que me vaya a vivir con ella a otra ciudad y que nos olvidemos de Tito y del niño ¿cómo ves? y lo peor no es eso lo peor es que no me parece tan mala la idea pues ella está bien mamacita y es una chava bien inteligente pero lo que me caga es eso de abandonar al niño a su suerte ¿el niño qué culpa tiene? se me figura que hacer eso es algo muy salvaje lo estoy pensando no creas pero suena muy inhumano no se a lo mejor me los llevo a los dos.

Cuando Pebro terminó su relato, dio media vuelta mientras decía: “Ah y te cae si te atreves a escribir esto, ojete...”

§

¿No te asusta?

¿Qué me lleva a escribir?: ¿Es sólo la necesidad de contar historias?, ¿Una expresión del apremio por el reconocimiento?, ¿la búsqueda inconsciente de la aceptación?, ¿una urgencia intelectual?, ¿un afán de trascendencia?, ¿una obligación moral por delatar o criticar? ¿la búsqueda de un lenguaje propio? He querido atrapar el instante en que se asoma la idea, congelar ese momento, decir a los otros que es un prodigio; pero es algo difícil de describir. De pronto estoy conversando con mi vecino y me dice: ¿Ya notaste a Gisela? Como que la atacó un enjambre de abejas, anda muy hinchada del frente y de la retaguardia; quién sabe en cuánto le saldrían los implantes al buey de su marido... No lo puedo evitar, imagino al marido de Gisela como un auténtico buey. Lo veo así: lo imagino con un par de astas alargadas paseando por la calle, con Gisela a su lado. Los transfiguro, los vuelvo personajes; hasta abí, todo bien.

Bovinos

Desde que ella decidió implantarse las ubres, él siempre trae bien puestos los cuernos.

Esto no tiene nada que ver con un plan, es un impulso orgánico. El que sepa entender, que entienda. Es algo inevitable, es un dictado espontáneo que brota y escurre por tus horas, luego se escucha por dentro, como una voz que no es voz, como una imagen que no se ve pero se intuye, todo acontece de golpe. Sofía se extraña cuando, en pleno tráfico, le pido una pluma y un papel, o cuando le suplico que grabe una nota en el celular:

—Nada de eso tiene sentido, Gregorio.

—Escríbelo, por favor, que se me puede olvidar.

—Como quieras, pero tengo el celular lleno de puras mafufadas tuyas.

—Imagínate cómo tengo yo la cabeza...

—Trato de imaginarlo, pero es difícil... sólo tú te entiendes.

—Creo que tienes razón: Sólo yo me entiendo.

—¿No te da miedo? ¡Sólo tú te entiendes! ¿No te asusta? Deberías dejar de escribir por un tiempo... ¿Te leo la última nota que me dictaste?... a ver... aquí está: /La realidad es absurda a veces, y es tan curioso, cuando presentas un absurdo por escrito a la gente le choca; por ejemplo, si

cuentas algo sobre un muchacho-boa, tu lector arrugará cara y en el fondo, pensará que es una tomadura de pelo, pero la realidad le toma el pelo a diario y no arruga la cara; más bien se asusta o apechuga sin chistar... / ¿Ya lo ves? La guantera del coche está llena de notas así. Es raro, es desesperante... son notas sin sentido. Me asustan tus trastornos, Gregorio...

El diálogo anterior fue real y ahora forma parte de una historia. Me volví ficción. Se siente raro. He intentado distraerme de la escritura, pero, como dice mi amigo Moi, soy Homo Gramaticalis.

§

Tomé el “Utilísimo manual”, lo doblé y en mi mente comencé a esbozarle un destino. El velador estaba completamente dormido cuando salí del cubículo. Subí a mi carro y observé en mi celular, tres mensajes de texto sin leer, los tres del número de Sofía, la esposa de Gregorio:

1. Urge te presentes en hospital. Goyo muy mal.
2. Pabellón Morelos. Cama 210.
3. Nueva crisis. Ven, por favor. Estoy frente a la entrada.

§

Ojos de cuervo

Umbroso se veía consagrado. La imagen de Octaviano Tezcatlipoca bajando del auto con una lentitud calculada lo eclipsó de modo tal que se proyectaba en ese espejo como en un ensueño. Llegado al pórtico del Instituto, Octaviano se dejó fotografiar y saludar por la culta chusma. El panameño Fedora Clásico, las gafas y el gesto acostumbrado de qué incómodos mortales, daban a Tezcatlipoca un aura casi mística, una especie de lejanía sublime. En la cabeza de Umbroso todo comenzó a mezclarse.

De pronto se vio a sí mismo en el lugar del otro, caminando con dificultad, con unas manos ancianas que se movían al son del Parkin-son. Apareció entonces un fulano a quien todos llamaban Señor presidente, pero que Umbroso no conocía. Aquél lo saludó con un apretón infame y un manojito de zalamerías: “Bla lo felicito por su premio, Maestro, bla sencillo homenaje bla bla...”

La parafernalia era asquerosa. Noventa minutos de pésimos oradores era un precio alto en contraste con los dividendos: las consabidas notas en la prensa y una edición de colección —una más— no merecían la pena. No obstante accedió asistir y soportar exhibirse como chango de circo porque intuía que, si todo es ciclo, El Eslabón, Su Eslabón, estaría por ahí dispuesto a matarlo de una vez.

Uno de los oradores, un rechoncho amilanado y barboncito, entre aspavientos y conmovedoras enjugadas oculares recordaba haber sido alumno suyo en la facultad, pero Umbroso estaba concentrado en el zumbido de su oído derecho. Brrrrr pasión por la palabra brrrrgüirigüiribrrrrrrrrrr legado no sé qué... Sus ojos recorrieron el auditorio repleto. “Me muerdo un huevo si la décima parte de esta gente de veras me ha leído. Si así fuera me estuvieran reclamando y no pidiéndome la foto. Si hay un tema en mis libros es la advertencia sobre la estupidez de leerlo a uno como si leyeran a un profeta. Quedan muy pocos con sentido del humor. Pocos entienden que lo mío son las ficciones. Pocos se han dado cuenta que mis revelaciones trascendentales no son más que juegos de frases sueltas, incongruencias formuladas a propósito”.

Cuánta risa le daban, al principio, aquellos estudiosos espulgones y afanosos. Con los años dejó la pretensión de convencer a los fanáticos y se abandonó en el extraño letargo que sólo comprenden los incomprendidos.

“Si el Maestro tiene a bien dirigirnos un mensaje, ahora que recibe la Medalla de la Legión de Oriente...” El barboncito lo retornó a la situación y le mereció un gesto condescendiente. Un técnico le extendió un micrófono y justo cuando Umbroso iba a articular una frasecilla, advirtió que El Eslabón estaba en la cuarta fila, lo reconoció por sus ojos de cuervo y su sonrisilla arrogante, casi idéntica a la suya. “Aquí está”, pensó. El pulso de Umbroso dio un vuelco y sus manos arreciaron en su tembeleque. “Así es entonces la inminencia de la muerte”, pensó.

El conductor del evento lo notó afectado y le trajo un vaso con agua, entretanto, invitó a la concurrencia a apreciar un performance en el que un virtuoso del arte evanescente hacía esculturas efímeras con humo de cigarro que antes de diluirse en el ambiente era succionado por una docena de cobras amaestradas.

Las palpitaciones cada vez más fuertes tenían a Umbroso al borde de su silla de honor. No podía desviar su atención de la mirada siniestra que El Eslabón, su Eslabón, le mostraba desde las lunetas. Veinte segundos le bastaron para recordar su propia historia:

Se miró a sí mismo cuando escribía *Las cumbres de los sabios*, la obra que lo catapultó a las nubes... Frente al espejo, a sus veintiuno, Umbroso había hecho un pacto cósmico: “Me cambio todo por esta obra”, se dijo en voz alta. Apenas terminó la frase, un rayo seco de octubre partió el manzano en su traspatio: Umbroso pensó que era una señal. Se volvió escritor ermitaño, lector vehemente y crítico mordaz. A los veintitrés, por puro marketing decidió hacerse notar agarrando de su puerquito a cuanto escritor acreditado se pasara por las aulas de la facultad. Se volvió un indeseable en cada círculo intelectual y social. Eventualmente realizaba estridentes actos de protesta, como aquello de sonarse los mocos en las corbatas de personajes influyentes. Sus actos le valieron simpatizantes y hostiles por igual. A menudo era invitado a encabezar manifestaciones de algo contra algo, luego acusado de hacerlo y también de no hacerlo. Declaró la guerra al trío de intelectuales más prominente: Octaviano Tezcatlipoca, Chava Novelo y Enrique Huerta,

conocidos como Los Iluminados. A estos tres los perseguía a cuanto evento público asistieran, sobre todo a Octaviano, el del Nobel. Los increpaba, se sonaba los mocos en sus corbatas y les quebraba huevos con harina en la cabeza. Lo hacía a sabiendas de las golpizas que venían después por parte de los seguidores, los policías y hasta de los porros que ya le hacían marcaje personal, nada más por el placer de ponerle unos chingadazos.

Dos años le llevó terminar *Las cumbres* y sólo cinco días bastaron para que la publicación caldeara el medio editorial oficialista y comenzaran a pedirle charlas aquí y conferencias acullá. Gracias a *Las cumbres*, a sus veintinueve, Umbroso era una voz autorizada, y se le comenzaba a conocer como *El Eslabón de Octaviano*.

Al cumplir cuarenta y dos otoños, con doce títulos que se evaporaban de las librerías, Umbroso era prácticamente un clásico. Comenzó a dejar de creer en lo que escribía y a olvidar lo que perseguía cuando le daba por teclear en la Remington. Luego llegaron las épocas de dictar a Josefina desde el amanecer y hasta el mediodía. En ese tiempo le hacía gracia que le siguieran catalogando de escritor, porque en realidad era más bien un pensador en voz alta.

Mientras el comisionado de cultura presentaba la edición del cincuentenario de *Las cumbres*, Umbroso recordaba la tarde en que leyó por accidente la carta de *El Eslabón, Su Eslabón*. Con tono ríspido, una letra ansiosa le imprecaba:

Umbroso: Eres un farsante y lo sabes. Me has regresado intactas doscientas cuarenta y tres cartas, así que puedo intuir que incineras tu correspondencia, pensando que estará llena de adulaciones. Te equivocas, como te has equivocado desde que escribiste la primera línea. Ni eres poeta, ni ensayista, ni narrador: Eres un plagiario. Me río de ti y de tu cabeza hueca, Umbroso. Sábelo.

Esa misma tarde se dio a la tarea de responder al hostil, con una misiva de jerarca. Su carta fue respondida con un nuevo envío al que le siguió otro y otro. Luego de meses de álgidos intercambios de correspondencia, el *Eslabón* terminó por vencer en las disputas. Umbroso quedó reducido a protozoario, convencido de ser un fiasco como artista, intelectual, humano y ser viviente. De vez en cuando *El Eslabón* se apersonaba en los sueños de Umbroso, le jalaba las patillas, le arañaba los párpados o le dibujaba pitos en la cara. Umbroso jamás volvería a escribir o a

dictar, excepto para responder a este extraño que parecía conocer los escollos más ocultos de su pensamiento.

Cuando le decretaron ganador de la Medalla de la Legión de Oriente, El Eslabón le hizo llegar a su casa una corona mortuoria con la leyenda: “Te mataré en la premiación, farsante”. Así sin matices, no había forma de saber si sería un asesinato simbólico o físico. Lo cierto era que Umbroso no fallaría a la cita.

Hacia el final del evento, por fin recuperado de tanta imaginiería, Umbroso se armó de valor y tomó un megáfono. Miró al viejo Octaviano en el estrado y se lanzó decidido a ganar notoriedad: “Es usted un impostor, Octaviano. Su propuesta estética es una yuxtaposición de versos en mazateco... Sus elucubraciones de antropoeta son los apuntes de sus reuniones con los vagos del Opiomanón, a donde usted acude a robar ideas de los que no escriben y donde sólo finge fumar de la shisha. Puedo evidenciarlo a usted y a los de su stirpe. Sí, señor. Usted y su rebaño se han incrustado bien en unas cumbres que se han inventado para venderse como personajes agudos y originales. No les importa otra cosa más que legitimarse y legitimar a su capilla de moluscos a costa del lenguaje y de las ideas ajenas... El rey está desnudo, Octaviano. Tengo conmigo una copia del manuscrito que le envié a usted por segmentos y que se ha negado a discutir. ¡Y si hay en este foro un jefe de academia valiente o un editor arriesgado me pongo a sus órdenes!”. Se desgañitó. Ipsofacto, fue sometido por elementos de la guardia presidencial.

El desagradable espectáculo culminó con los agentes arrastrándolo hasta la calle entre puñetazos y jalones de greñas. Dos reporteros de la llamada “prensa libre” y uno de sus maestros de la facultad llegaron hasta el lugar, para asistirlo. Mientras los miraba, confundido, tuvo la certeza de que tarde o temprano, llegaría El Eslabón de sí mismo, le miraría fijo con sus ojos de cuervo y él, Umbroso, estaría allí escribiéndolo todo.

Forofo risófilo

—¿Así que le interesa encargarse del suplemento?

—Así es, señor editor.

—¿Y usted cree que con un currículum escueto y esa cara de chinche es suficiente?

—Si escueto significa lo que yo creo... sí, señor editor. ¿Lo de la cara es un halago?

—Mire... —carraspea Matías Grajales, el editor, agitando un ejemplar de la revista *Epítome* frente al rostro de Zacarías Brown— señor Brown, tome sus papeles y que le vaya bien. Es la tercera ocasión que le recibo a usted y no me canso de decirle que sus historias son basura. Se trata de escribir literatura. Nuestra revista llega a un público selecto de artistas, intelectuales y estudiosos de la lengua. No se atreva usted a insultar la inteligencia de nuestros lectores con sus articuloides de crítica literaria, ni con sus cuentos de churro que ni siquiera son cuentos... ¿Pero por qué me gasto mi tiempo dándole explicaciones, forofo fastidioso? Salga de mi oficina. Cierre por fuera. Te-teteté-chht-chht...

—Hombre, siquiera lea algo de lo que escribí. No sea tan así, señor editor.— comenta en tono cáustico Brown, acomodando los papeles que le ha devuelto el editor.

—No me interesa publicar nada de alguien que escribe ficciones sin sentido. Además su cara chueca de sicópata no me inspira confianza.

Zacarías ha desplegado y puesto sobre el escritorio de Grajales una oxidada cuchilla de afeitar, comienza a jugar con ella, girándola, circunspecto. Luego lanza una mirada impenetrable al editor, aprieta los dientes y le extiende de retorno el legajo de papeles.

—Lea usted algo de lo que traigo aquí... ándele.

Grajales observa con desconcierto a su interlocutor, que, apostado en el sillón del otro lado del escritorio, comienza a comerse las uñas. Tiene las manos sucias. Lleva un pantalón azul desteñido que le queda muy corto. Grajales le observa. Busca alguna pista en su mirada torva, fija en un lapicero. De pronto Brown le parece más corpulento, más alto. Grajales comienza a temblar. Con el rabillo del ojo

observa el bate de béisbol tras un librero, junto a la puerta. Se le antoja desmadrarlo de un chingadazo en su nuca güilotiforme.

—Léalo, cabrón señor editor —Brown habla en un tono casi amenazante. Su boca expelle efluvios de chet y aguardiente. Con la cuchilla, comienza a desbastar una esquina del escritorio.

Grajales desea protestar el allanamiento, pero se contiene. Ha menguado su tono prepotente. Se ha resecado su boca.

—Está bien. Leeré algo breve... a ver: “O me publicas o te corto el yasabesqué”...

—Ese no, señor cabrón editor, la verdad, ese cuento está un poco aburrido —Grajales luce descompuesto; Brown, impasible. Ahora usa la cuchilla para esculpir en un lápiz —el cuento que sigue, por favor.

—Esto es un atropello, burro insolente...

—Tranquilo editor señor cabrón... tranquilo —susurra Brown a Grajales. Luego lo prende por los testículos —esa frase no viene ahí... aunque me gusta para título.

Brown tiene sujeto a Grajales y le mira con unos ojos de desquiciado, a dos centímetros de distancia. Desliza la cuchilla por el cuello de su rehén y se detiene un momento a rozar con parsimonia, el filo de la cuchilla sobre la manzana de Adán, haciendo que suene un poco la fricción del metal con la barba rasurada de Grajales. —Está bien —conviene Grajales, recompone su cuello y se alisa el saco, refunfuñando — leamos el seudocuento siguiente: “Cada quien sus filias. A mí me excita hacer reír. Hacerte reír, es como penetrarte”... ¿Pero qué enfermo...? —Grajales no puede evitar una risotada.

—¿Y de qué se ríe, editor señor?...

—Es usted un fantoche, Brown, ¿a quién diablos le excita hacer reír?... no mame... — ríe.

—A mí. El personaje central de ese cuento soy yo mero... y usted está riendo...

—¡Bah! Eso no es un cuento. Es una tontería que pudo escribirla cualquiera... — ríe de nuevo.

—¿Se da cuenta que cada que ríe, para mí, oírlo es como arrempujarle los frijoles? — dice Brown al tiempo que dirige una mirada sucia a su interlocutor— ¿Le gusta?...

—Gusano infeliz ¿está loco? —risas nuevamente.

—Mmm... Sus insultos parecen de Caquita la de barro, pero *ailaike beibe. Tel mi mor.*

—Caquita... no mames, Brown —Grajales está rojo y se ahoga en risotadas.

—Pero qué rico se ríe, señor cabrón...

—¡Forofo fastidioso!... ¡Forofo! —una gran carcajada.

— Mmm... y ya que estamos en esto, chiquirriquis... ¿Entonces qué, si me vas a publicar?... Grrr...

§

La Transición: Ser una cucaracha, ser Sir Nada

—Te pido una disculpa, Moisés. Yo no mandé esos mensajes. No entiendo cómo hizo Gregorio para quitarme el celular...

—Descuida, Sofía. De cualquier forma, quería venir a verlo.

—Pero a estas horas...

—Quiero platicar con él.

—Hasta mañana a las once permiten las visitas. En cuanto a eso de platicar, simplemente no se puede. No habla. Tiene los ojos perdidos, muy abiertos y los mueve muy raro. Se ríe, luego llora y dice incoherencias. Luego la catalepsia, como la primera vez. Habla de que algo no sirve para nada, luego se ríe, se tira al piso y se encoge. Se come las uñas, sonrío y murmura cosas. Hace rato tomó a un enfermero por las orejas y le gritó. Un señor que estaba de visita lo grabó con su celular y me pasó el video, mira...

Sofía me extendió su teléfono, y miré a un Gregorio muy distinto a mi amigo. Literalmente colgaba del enfermero. Jalándole las orejas le gritaba como loco: “Es un libro inútil, libro inútil de la verdad de las historias, no hay recetas... ¡los manuales no existen! ¡No lo olvides, flaco: no existeen!”

— Todo eso tiene sentido, aunque no lo creas...

—No me salgas con eso Moi; ya hasta voy a pensar que es contagioso.

—Es en serio, tiene algo de sentido.

—Ya no sé qué es lo que tiene sentido.

—¿Y qué te dice su médico?

—Lo puso en observación. Lo que le preocupa es cómo se pone con la catalepsia, cuando se queda tieso y callado. Ya vinieron otros tres doctores de no sé dónde. No me saben decir qué tiene o cómo se cura. Gregorio no respira por minutos, deja de moverse, se le va el pulso, sus pupilas se mueven muy rápido. Cada que llega la catalepsia le inyectan una sustancia que, dicen, está apenas a prueba.

—Ah qué caray... pinche Greg.

—Firmé unos papeles para un protocolo nuevo, pero ya me estoy arrepintiendo; lo tienen como cucaracha de laboratorio. Gregorio es una cucaracha...

En la entrada del Pabellón Morelos hay un pequeño módulo con dos vigilantes, un aula con butacas, una sala grande a la que llaman “sala de convivencia”, que tiene dos televisores y un refrigerador. A la izquierda hay una puerta reforzada que dice “farmacia”, con una ventanilla corrediza, al lado una cámara extraña, una habitación con una mesa, sillas acolchadas y una puerta de acrílico transparente. Al fondo, un pasillo con diez habitaciones numeradas. Gregorio está en la habitación al final del pasillo. El camino desde la sala común hasta la habitación 210 está ambientado con sonidos delirantes, frases en voz baja y golpeteos.

— ¿Cómo estás, Gregorio?

— Estoy rodeado de locos. ¿Qué no ves?

— No me digas... ¿Estás mejor? ¿Para qué me llamaste?

—Vamos a ahorrarnos palabras. En adelante, prefiero la economía de lenguaje: No es un manual, no sirve para nada y los mentirosos no aparecen por ningún lado. Todo es verdad.

—Pinche Gregorio. Me asustaste. Creí que te habíamos perdido.

—Odidrep somaibah et euq íerc.

—¿Qué?

—?Éuq¿

—Ah, ya entendí... Cambiamos de tema.

—Amet ed somaibmac.

—No la chingues; ¿en serio crees que haces una transición a personaje?... Mejor avísame de una vez por todas si esto es en serio o si estás jugando con la situación. También a mí me vas a volver loco pinche Goyo cabrón.

—No pierdas las historias.

—¿Te gustaría que las publique? ¿Quieres que las destruya? ¿Eh? ¿Qué hago?

—No sirve para nada. Nada sirve para nada. Sirve nada, nada, sirve. Sir Ve, Sir Nada. Soy Sir Nada, que no sirve para nada.

—Tienes buenas historias.

—Semam on...orbil etse ne ocol le yos oy euq ose y. Sairotsih saneub seneit.

Una dosis de realidad

Mi buen amigo El Chu, se sorprendió de mirarme en la calle a las diez de la noche, pues generalmente a esa hora ya estoy encerrado en mi cuarto, y no es que me duerma temprano, pues suelo beber entre nueve y doce tazas de café frío sin azúcar; el caso es que me he enterado en hacerle al faquir de la escritura nocturna.

— Vidal López... ¿Qué haces afuera a estas horas, mi buen? — El Chululuco (también le digo así... a veces le cambio el nombre, dependiendo de la situación, pero es sólo eso: el nombre; él sigue siendo el mismo), sabe de mi afición por la escritura, y ya le he confesado que llevo cinco días sin poder concretar un solo cuento— ¿Por qué tan lejos del cubil? ¿Qué? ¿Hoy no vienen las musas a su visita conyugal?

—No, hoy no. Estoy seco de ideas.

—Tú lo que necesitas es regresar al mundo absurdo y cochino de todos los días. Te falta vivir, tocar, oler: ya párale con tus chaquetas mentales. Vamos a dar un rol por la *city*. Te invito. Verás que en la primera barra se te ocurre algo para escribir; es más, si todo está aburrido y no pasa nada, te prometo armar mínimo una bronca nada más para salir en uno de tus cuentos ¿Qué? ¿Le entras, o qué?...

Caminamos más de cinco cuadras hasta llegar al “Blue Fox”, que es una especie de *pub*, como antro unisex, muy fresca para mi gusto, de esos donde proyectan videos musicales y te puedes pedir papas en gajo con chimichurri al cilantro y te puedes beber cervezas de sabores raros, mientras miras a los mozalbetes que presumen a sus novias a todos los de la generación equis que seguimos solteros y amargados como en los noventas, cuando eso era la onda.

—Mira Vidal, te voy a invitar como testigo de honor. Hoy voy a tirarme a matar, y tú lo vas a escribir... hace mucho que quiero ser personaje en uno de tus cuentos.

Nos bebimos diez pintas, una tras otra, como le gusta al Chupichú: “Sin plásticas ni nada”. En menos de cuarenta minutos ya estábamos poninas. El Chupitipitipichú no dejaba de mirar a una chica guapa que discutía con su novio, justo frente a nosotros.

—Me cagan los *regañanovias*...— dijo mi amigo, en voz baja, atento a la situación de la pareja.

—Tranquilo Chuchú. A ti qué te importa... no te metas y ya.

El Chucutú, soltó una risita dientona.

—Ya, Chucu-chú-chucuchucu-chú —así le digo cuando está a punto de ponerse terco— no te claves... yo vine porque quería una historia para escribir, así que mejor ponte a platicarme tus desgracias como el Beteta, ándale...

El Chululucu-chu-cucú volteó la silla en que reposaba, se sentó al revés, poniendo los brazos sobre el respaldo.

—Mira nada más, méndigo escuincle fantoche, todo lleno de aretes... hasta cuernos tiene el muy... —dijo mi amigo, señalando unas protuberancias en la frente del muchacho, que, al parecer, era afecto a las modificaciones corporales— si seguimos permitiendo que este tipo de monigotes se reproduzcan, van a terminar con la especie humana como la conocemos. Imagínate, Vidal, cuando nuestros nietos crezcan, la moda va a ser injertarse un ojo en el pedorro, o dedos en la piocha...

—Tranquilo, hombre —le dije secamente, pues alzaba la voz para hacerse notar por el afecto a las modificaciones corporales— el chavo está en su rollo con su novia... déjalos tranquilos.

—Chst... Me preocupa que se pase de la raya con la morrilla... y tú ya sabes que a mí me emputa eso, yo si soy un caballero, es más: exijo una satisfacción con este pinche abusivo — esto último lo dijo gritando, y provocó una mirada retadora en el tipo de los cuernos, que seguía manoteando y farfullando acaloradamente con la chica — ¡Ya déjala, engendro! — irrumpió el Chukilukilú entonces, en la conversación de la pareja. El joven observó a mi amigo, a través de la cortina de mechones irregulares y coloridos que llevaba por fleco. Luego de cinco largos segundos de mirada retadora, el muchacho le mostró una lengua bífida, amenazante.

—Pinche mutante —increpó nuevamente el Chucurrucuchú arrojándole el resto de su pinta en plena cara. La chica le lanzó una mirada furtiva a mi amigo, y le dijo con una voz casi teatral: “eres un hombrezote, defiéndeme de esta víbora”. El Chuchucnorris, ni tardo ni perezoso se paró y se arrancó la camisa, como en las películas. La muchacha se le acercó y le dio un beso en la boca. El muchacho

reaccionó, mirando a su rival con sus pupilas de reptil y emitiendo un siseo de serpiente. La joven parecía excitada con la escena. Fue algo raro.

El ChucDeNiro, me miró de reojo e hizo un gesto duro, de vengador. Revolvió su pelo y observó la expectación alrededor suyo. Ya se sentía personaje.

—Esto... escríbelo, cabrón... es algo surrealista... lo escribes, eh, güey...

El muchacho mechudo seguía siseando, mirando fijamente al enemigo y oscilando rítmicamente su cabeza, como una auténtica víbora. El extraño duelo me hizo olvidar momentáneamente a la chica, pero casi puedo asegurar que la vi meterse una mano en la entrepierna y tocarse.

—Aquí está tu cuento, Vidal... y aquí te va el fin — dijo el Chuculuc (que así le digo cuando está a punto de hacer alguna estupidez) al tiempo que tomaba un taco de billar de no sé dónde.

Para sorpresa de todos, el chico serpiente se lanzó en un vuelo inusitado, al cuello del Chumpchump, y comenzó a contraerse espasmódicamente en torno a mi amigo, como lo haría una boa salvaje. Luego se dispuso a engullirlo abriendo unos grotescos maxilares. La chica ahora se reía a carcajadas y se frotaba la pelvis con descaro mientras pasaban los hombros, el torso y las piernas de mi amigo el Chupandofaros, por la elástica tráquea del muchacho-boa. Yo simplemente no podía dar crédito a la escena. Entonces, todo me dio vueltas. Sólo me recuerdo mascarullar “qué historia...”

§

El trébol druida

En la historia de los experimentos en la creación literaria todavía hay mucho por escribir. Los detonantes creativos están por todos lados, dentro y fuera del que escribe. A veces subyacen a la concatenación de ideas, de palabras, de significados, de sonidos; a veces a las imágenes externas, al ambiente, a una situación o a la conjugación de todas estas variables. Miro a Faulkner escribiendo una gran historia a partir de la imagen de unas bragas sucias... lo sentenció Bretón. Ahí está la magia otra vez: sin ser determinista puedo admitir que una historia completa nace, primero, de una circunstancia específica, irrepetible y que se desarrolla sólo a través de la voluntad y éste es el ingrediente que sí depende del que escribe.

Los procesos de creación no son mera cuestión de benevolencia de las musas. Se requiere de un mínimo de disciplina creativa, de una capacidad para agudizar los sentidos ante lo que se escribe, de un básico principio de respeto por el lector potencial y, al menos, una gota de intertextualidad.

Para ningún cuentista debe ser un secreto la importancia toral de la revisión, que logre un texto acertado en su efecto, en la elipsis dramática, la concreción, la justa adjetivación y la economía de lenguaje. Creo que, por más sencillo que parezca, escribir un cuento no es como cortar una sandía de un tajo. Escribir un cuento es más como a sacar la pulpa de un cangrejo. Yo apenas si delecto pulpa, pero ansío devorar el cangrejo.

Asunto aparte es el artefacto del libro; embonar, disponer, armar y desarmar sin instructivos. Desproponer el canon, para que los nuevos canónicos tengan más temarios en la escuela. Y en todo ello, preservar el alma y el Homo Ludens intactos. Menuda tarea jugar al alquimista con palabras.

Más sencillo contarlo, que concretarlo; más sencillo aún criticarlo. Pocos saben que esta alquimia es un asunto apasionante, pero también peligroso. Las palabras no son sólo grafías y sonidos, son algo más profundo, están dotadas de un poder que la mayoría de la gente desconoce; tienen un peso específico que incide sobre la realidad. Pueden esclarecer y estructurar el entendimiento sobre la realidad, pero además: pueden alterar esa misma realidad. Las palabras reifican.

La regla de abstraer sobre lo concreto es una avenida de doble sentido, pues también opera en modo contrario: lo abstracto y metafísico puede objetivarse. Esta cuchara que menciono está en

mi mano. No hay cuchara, lector; pero sé que sabes que la tengo en mi mano, es tan concreta. Ahora la pongo entre tus cubiertos. Acude y cerciórate. Llega hasta el lugar donde guardas las cucharas. Aquí te espero, entre estas líneas. Si merodeas fuera de casa, suspende la lectura hasta llegar.

Aquí sigo.

Toca las cucharas: la cuchara tibia es la que yo acabo de tocar.

Pero aún más: escribo pincel en mi cajón, y sé que lo puedo tomar de donde no había un pincel antes: en este segundo ejemplo, tendremos que confiar el uno en el otro, pues para ti, por lo pronto es imposible corroborarlo como con la cuchara, pero para mí es tan real que estoy a punto de sacarlo del cajón. Es tan evidente y abstruso a la vez... Conocer este pequeño escollo de los arcanos equivale a tener la lámpara de Aladino. Para hacerlo posible en toda su magia, deberán esclarecerse todos los ángulos, usos, nombres y matices del objeto sobre el que se piensa, luego se escribe y luego se opera en reificar-objetivar-materializar-traer acá...

Por otro lado, debe decirse con énfasis que debemos andarnos con cuidado, en virtud de que esclarecer cada detalle, cada objeto, es un acto que nos permite abrir nuestra percepción y eso tiene sus riesgos, pues, sin la debida vigilancia y disciplina, esclarecer una flor, por ejemplo, podría llevarnos décadas de ausencia, tiempo en el que las personas alrededor nos verían como retraídos, obsesivos, enfermos, idos, parias, vagabundos, locos... Asimismo, esclarecer de continuo modifica de manera definitiva la razón, el espíritu, el pensamiento y el cuerpo; y con estas palabras te revelo algo: el escritor no es trinitario, son cuatro y no tres los folios de su trébol. Es un trébol druida.

Llega el momento en que los canales sensibles y nuestros órganos amplifican su espectro de captación al grado que podríamos percibir cosas que somos incapaces de decodificar correctamente. Podríamos entrar en dimensiones paralelas donde otros seres, otras entidades conscientes e inconscientes interactúan de modos desconocidos: como bacterias, como seres inorgánicos, intangibles, etéreos, como ensueños.

Cuidado entonces con las historias que se escriben, porque se inventan universos de verdad, se crean espacios y situaciones tangibles, s o n r e a l e s, en el segmento de sentido que la conciencia que se vuelca en palabras, inaugura para el universo de las ideas humanas. Digo inaugura y no inventa, pues todo lo que existió y existe, ha existido siempre. El universo es uno; por ello tiempo y espacio son uno. Lo intuyo. Lo sé.

Las historias que se escriben, las he visto y vivido.

He tocado a mis personajes.

He besado a mis musas.

He visto los mundos.

Esa voluntad de la que hablaba anteriormente, y ese peso específico de Las Palabras, son La Energía y el Verbo. La luz y la voz de Dios, y su efecto físico primordial tiene que ver con asuntos tan complejos como la contracción de las galaxias, la modificación de los hechos históricos y la propia deriva del universo, que no es otra cosa que el desdoblamiento de la voluntad y el esclarecimiento a través de la palabra. En el principio fue el verbo. Pero antes, fue la voluntad, y antes el esclarecimiento. No hay final. La materia y lo que le sucede, es el lenguaje supremo. La materia y la materialización es el códex, lo que hay que desentrañar y morir en el intento, con plena conciencia de haber sido y no ser.

Cuidado, porque mediante el esclarecimiento podríamos desdoblarnos como una ronda de monitos de papel, dado que cada segundo somos un ser nuevo, cada instante podría ser un doblez, cada mirada un descubrimiento, cada detalle un abismo. Esto, como ya apuntaba, terminaría por apartarnos de la realidad de los otros, nos abogaríamos en la vorágine naciente de nuestra rotación conceptual ... en nuestro vórtice.

Cuidado

porque los párrafos anteriores son sólo apuntes de un hombre que presiente el extravío de su lucidez;

Cuidado

porque en ellos no hay indicios de verdad.

No para todos.

§

Infierno I

“No será el miedo a la locura lo que nos obligue
a bajar la bandera de la imaginación”.
André Breton.

Pese a mis carencias económicas —pues vivo mi sueño de escribir para vivir—, me considero un hombre afortunado. Es cierto que no me doy ciertos lujos como comer tres veces al día o beber agua de garrafón; no obstante, mi oficio me da para el alquiler. Además, soy de esos hombres que les gusta pagar la renta. Puede sonar extraño, pero cada recibo pagado es para mí una divisa de dignidad. Por otro lado, siempre disfruto de acudir a la oficina del contador Mares: Me gustan las esculturas amorfas del escritorio, la borla que tiene el abrecartas en un extremo, las quimeras que se forman en el piso de falso mármol, pero, ante todo, me gusta y me turba el personaje que está pintado en un cuadro del pasillo, justo frente a las sillas de la recepción. Ese sujeto me mira desde el cuadro. Nadie lo advierte; ni yo lo hubiera hecho, de no ser porque me inquietó el murmullo, el movimiento en el lienzo; no todos los días se ve algo semejante...

A veces me detengo en cosas como estas. Va uno caminando, observando atento; ya se encuentra uno algo raro, como un hombre sin pelo, un sombrero que habla, o la señora que tiene una suerte de ojos en los pezones, unos pezones que lo miran fijamente a uno, que lo inquietan a uno... los he encontrado de varios tipos: los bizcos que apuntan al centro; los distraídos, como esperando a alguien alrededor... los hay densos, tibios, dulces... en fin, decía que va uno mirando las cosas de todos los días e incorporando los objetos dentro de categorías primarias como afectos o aversiones. Por ejemplo, el sábado observaba a un hombre que encendía un cigarrillo mientras esperaba en la estación del tren, vi como succionaba desde un extremo y cómo se consumía el pobre sin remedio —me refiero al cigarrillo—. Escuché sus lamentos encendidos, lo miré extinguiéndose en una nube de un gris azulado. El hombre me miró extrañado, tiró al indefenso ser que sostenía entre sus labios hacía apenas unos instantes, apuró el paso y se perdió como un criminal expuesto, entre la multitud que se agolpaba en un vagón...

Así me sucedió hoy, mientras pagaba el alquiler en la oficina del contador Mares, el administrador de mi casero: El hombrecillo de la esquina inferior derecha, el que aparece en el óleo del vestíbulo, con un rictus furioso y un cuchillo en la mano, se arrastraba de una esquina a otra como intentando escapar. Una mujer gritaba desaforada en un cuadro contiguo y el leñador del cuadro de arriba parecía intentar detenerlo, pero no podía salir del cuadro. En eso, escucho la voz de Mares diciéndome que debo irme, que está bien, que si es sólo el sesenta por ciento de la renta no importa, siempre y cuando me ponga al corriente la semana entrante. Yo trato de explicarle lo que sucede en el cuadro, el riesgo que corre ahí, junto al cuadro que tiene el marco agrietado, pero él no me escucha, se acomoda las mangas de su camisa, sacude un poco su chaleco oscuro, limpia sus gafas y me invita a salir a empellones. Yo insisto y me aferro a su cuello, quiero. “El cuadro tiene una grieta y por allí saldrá el asesino”, le digo. Intento convencerlo de que mire el cuadro, trato de explicarle que su vida está en peligro, que ese demente va a escapar por la grieta en el marco, pero ¿qué hace Mares?, se ofusca y me revienta los tímpanos con imperativos; luego se aproxima Santos, el portero del edificio, con un traje tinto muy bien planchado, intento mirarlo a los ojos pero me atrapa la mirada uno de los botones dorados que lleva en el saco: ocurren cosas ahí.

En el reflejo oblicuo del vestíbulo que aparece sobre la superficie del botón, aparecemos Mares y Yo peleando aún. Se lo explico al portero, pero él me toma por el brazo y me invita amablemente a salir del lugar. Comprendo que es inútil mi esfuerzo por aclarar las cosas, por explicar lo que sucede dentro de los objetos. Mares, está usted loco si se queda aquí, la grieta... ¡es un peligro!; el botón, Santos, míralo; Mares, Santos... Miro de nuevo el botón y veo claramente cómo se incendia el vestíbulo, con Santos y Mares dentro, corriendo envueltos en llamas. Santos me responde a todo que sí, que está bien, que ya me vaya a mi casa a seguir viendo cosas de estas y me dice que me va a regalar el botón la próxima ocasión; me toma por cretino, tonto o loco, piensa que yo creo lo que me dice... por supuesto que no me regalará nada, más aún, por supuesto que yo no aceptaré un botón en el que he visto el infierno.

Hago un último intento por hacer que mire lo que sucede en el botón, pero sólo me gana una grosería y un bofetón inesperado y seco. Y yo que siempre lo creí tan educado, mira que molestarse así porque le embarré el botón en un ojo- Yo quería que lo mirara, nada más, era clarísima la escena. “Está bien, está bien señores”, digo mientras aliso mi saco y compongo mi camisa.

Ya afuera, intento cubrirme un poco, hacía mucho que no se ponía la calle así de fría y con tanto viento; quiero apresurarme y llegar a casa lo antes posible, pero esos malditos árboles de la alameda susurran algo, ríen mientras paso por debajo, esperan que me dé cuenta cómo es que murmuran, pero, como todos murmuradores, se quedan mudos cuando descubren que me he apostado justo entre ellos. Miro hacia arriba para ver sus gesticulaciones, tal vez estén hablándose a señas, diciendo quién sabe cuánto sobre mí. Ellos se mecen. Me quieren hacer creer que el viento los mueve: sólo yo sé que los árboles movedizos son los que mueven al viento.

Me he puesto a gritarles sus verdades, a lanzar cuánto tengo a la mano, pero ellos fingen no escucharme. Se aproxima un peatón, me pregunta: “¿Qué le pasa hombre?”, yo le explico todo... tal vez lo abrumo, le explico que el marco tiene una grieta y el asesino aún puede escapar, luego el botón reflejó la escena, y Mares, y Santos me echaron, pero no saben que yo vi el incendio... Le explico lo mejor que puedo esto de los árboles murmuradores, pero el tipo no parece dispuesto a escucharme, aun cuando él mismo me interrogó. En fin, no se enterará de lo que sucedió, tampoco se enterará de las cosas que nos dicen los objetos que ya no miramos; yo, en cambio, a menudo me detengo a observar lo que sucede en sus pequeñas geografías. A veces pueden verse serpentear a las palabras en la página de un libro olvidado, a veces dentro del objeto más insospechado se descubren mundos, otras veces las grietas de algún muro me revelan cosas, las resquebrajaduras de una banqueta me cuentan sus historias...

Pero te tengo de aliado. Tú si me crees, lector: tú viste la grieta, el óleo que cobra vida, el incendio, los árboles parlantes, tú...

Infierno II

Anoche me dijiste por teléfono que por favor no te escribiera más, que ya no están de moda las cartas llenas de cursilerías y que no le entiendes a mis cartas porque siempre me empalago y me pierdo entre digresiones raras. Me dijiste que mejor fuera honesto contigo, que no te tragabas ni tantito eso de que, si no regresas, me mato. Pues bien, si lo que quieres es la verdad, te la diré:

Ya sé lo que me vas a decir, que yo siempre con mis vaciladas, pero no dejes de leer estas líneas; de verdad, necesito decírtelo... Me siento como un pobre diablo. Es verdad. ¿Por qué crees que no me animo a salir a la calle? El sábado pasado, luego de que me mandaste a la roña por enésima vez, me fui como perro solitario a recorrer las cavernas más oscuras de la perdición. Disculpa, sé que eres mujer y que es muy probable que la verdad te suene muy cruda, pero no tengo más remedio: Terminé en La Rumba, ¿Tú sabes de que se trata en ese lugar, no?: Rumba-que-te-tumba-que-te-tumba, y meneos para allá y para acá y huy sí, y agárrale aquí, y ponme el billetito acá, y ea-ea, y ahí están, dale que dale, las muchachas baile que baile, al ritmo de los tambores, las tumbas y las congas, de esas que no se usan desde los cincuenta, salvo en ese hoyo infernal... En fin, ya sabrás de qué se trata.

A las cinco de la mañana salí del lugar. Pegada a mi brazo, una mujer guapa, completamente beoda. Le dije: “Vamos al Gil-ton”, o al “Cruzeiro” que ya tiene camas de agua; pero no: En el Gil-ton trabaja mi primo que no sabe a qué me dedico y en el Cruzeiro las camas no son de agua, son colchones meados y tienen unas cabeceras bien rechinonas; mejor vente, vamos a seguir la fiesta en mi casa. Juega, pero no me vayas a salir con alguna chingadera... nada de que tienes a tu canchanchán listo para ponerme unos tablazos. No cómo crees, si tú me gustas. ¿Cómo para qué? Cómo para esto, y muac, aquí no, porque está pasando gente, mejor vamos a tu casa, pues. ¿No tienes miedo? No mi reina. ¿De veras? De veras. Agárrame la cola. No, vamos a tu casa, ándale. Aquí es. ¿Aquí vives?, hum, pero no hay luz. Mejor. Agárrame la cola, pues... y cierra la puerta. Huy, qué rica colita. Oye, ¡¿Qué es esto?! La puntita de mi cola. Oye, ¡No mames!, ¡Tienes cola de verdad!... Ay, tus piernas están muy, muy peludas... y hueles como a chivo. ¿Te gusta? No sé

por qué, pero sí. ¿Qué tienes aquí? Es un espolón, primor; chúpalo. Oye, tienes una narizota; ¡Ay, Dios! No menciones esa palabra otra vez porque me sulfuro. Achis, ¡son dos narizotas!. No son narices, son mis cuernos; parecen duros, pero ¿verdad que son blanditos?, bésalos, mi vida. Muac. ¿Te gusta? Si. ¿Cómo le haces?, ¿Para qué? Para transformarte. Así, pasa de repente. ¿Y cómo se quita, ¿eh? Muac, muac. Fácil, nomás te clochas a alguien y ya; al otro se le pega la facha de demonio. Pero no te quedes a medias, en el puro agasaje, porque corres el riesgo de que la otra se quede para siempre como gallina o como chiva. Oye, qué bien se siente... Huy, qué ricura... oye, otra vez estás lisita. HUUUUUM, qué rico; gracias. Ora si, macho cabrío, que te vaya bien. Óyeme, no me vas a dejar así... ¿Para qué quieres ese trinche? Lo siento, primor, órale, a la chingada. Espérate, ¡No me lo encajes en las costillas, local! No, no te lo encajo, nomás te pincho. Au. ¡A la chingada! Ora si, lárgate de aquí... Síscalo-síscalo diablo panzón. ¿Qué les pasa a mis pies?, me estoy atorando, no me hallo a caminar. Sáquese de aquí, ¡Chamuco! Espera, ¿qué me hiciste? ¿por qué tengo estos cuernos y esta cola? A ver, préstame un espejo. Ten... te miras y te largas. Mi piel está roja; parezco diablo de nacimiento navideño. Cúchila-Cúchila, órale, por no poner atención, sope. Ya te dije: te clochas a alguien y ya, le cambias el puesto, y ya sigues con tu vida aburrida.

Me miré en el espejo. Mis ojos eran dos flamas, y la barba era un triángulo isósceles invertido que me llegaba al ombligo. A tropezones llegué hasta aquí. No me hallo a caminar con una pata de cabra y una de gallo. Lloré todo el domingo, y mis lágrimas eran caudales sanguinolentos. Quise recordar algo bonito, algo que me diera un poco de paz y me acordé de ti. De cómo te extraño; de verdad. Apenas te imaginé, comenzó a erguirse una protuberancia extraña bajo mi vientre peludo, luego sentí la necesidad de llamarte. ¿Quieres venir? Estoy viviendo un infierno. Ven, por favor... te conviene; mis cuernos son suaves, y mi cola es una larga y tersa longaniza con una flecha en el extremo. Sé que te gustaría verlo. Es fascinante.

§

De sangre a tinta, con tinta sangre

Debo admitir que la lectura de algunas historias contenidas en el “Utilísimo manual”, que no es manual y que no sirve para nada, me parecieron interesantes, algunas confusas y otras extrañas; sin embargo, lo que me turbó fue la rebuscada concepción que Gregorio tenía para el oficio de escribir. En cierto modo, me desconcierta conocer esta especie de panteísmo de El Greg.

En el fondo, me niego a aceptar que en esas palabras esté contenida la revelación interior de mi amigo. Quizás se trate sólo de una broma con algo de ingenio. Gregorio, hasta donde yo sabía, tenía una completa conexión con la realidad, sabía moverse en los círculos sociales e intelectuales de una manera natural, exponía con claridad sus inquietudes. Era capaz de involucrar a un auditorio completo a su visión de las cosas. Era un maestro en el arte de convencer y esclarecer... “e s c l a r e c e r” ...

Un momento. Acabo de reconocer el peso de esa palabra.

Tengo algo por hacer.

Tomo mi pluma y comienzo a escribir:

Me gustaría pensar que el trance espiritual al que me ha arrastrado esta situación tendrá algo de provecho. No puedo dejar de sentir pena por la pérdida de una mente interesante, de un artista que logró una de las metas bretonianas: Convertir la vida y el modo de vivirla, en una obra de arte. Quizá nunca llegue a citársele junto a Kafka, Cortázar, Ibarguengoitia y los demás, pero no dejaré que su Utilísimo Manual, se pierda en el olvido.

Quisiera regresar al hospital y acordar con Gregorio algunos detalles para publicar sus textos. Quisiera dedicarme a continuar su labor, alcanzar algunas de las metas que formulamos juntos. Algo me dice que es un asunto relevante.

Suena el teléfono. Es Sofía que solloza tras la línea.

—¿Sofía? ¿Qué pasa, Sofía?

—Estoy en el hospital. Otra vez tu amigo, el loco.

—¿Se recuperó? ¿Te dije que habló conmigo? ¡Habló, Sofía! ¿No te lo dije? Salí tan rápido que...

—Se murió, Moisés... ¡Gregorio se murió! —dijo con una voz ahogada y la imaginé desvaneciéndose. En el fondo, sólo se escuchaba el murmullo ciudadano.

§

—¿Qué sucedió, Sofía? —le dije luego de un largo abrazo, que no expresaba ni en una céntima, mi consternación.

—No podemos entenderlo. Lo aislaron desde las cinco de la tarde. Esperaremos la versión del forense.

—¿Y los medicamentos del protocolo? —pregunté al médico de guardia, que se aproximaba a nosotros con un recopilador metálico en sus manos, con la leyenda: “P. Morelos. H.210.”

—Ya se habían probado en más de sesenta pacientes y ninguno presentó alteraciones significativas; de hecho, se aplicó en el señor Gregorio, porque una de las líneas era la descripción de su inocuidad, el ingrediente activo estaba por declararse placebo.

—Pero ¿cuáles fueron los efectos en su cuerpo? ¿Qué indicios tienen, doctor? NO me han dicho nada —preguntó Sofía, trémula.

—Lo único que puedo decirle es que su sangre se aligeró y oscureció, como si fuera tinta china. Es un caso que aún no se puede clasificar...

—¿Su sangre se convirtió en tinta?— intervine.

—Hasta ahora, es lo más cierto que puedo decirle.

En un descuido del médico, eché un vistazo al recopilador que contenía una copia del expediente de mi amigo; tenía la impresión de que nos ocultaban algo. La pésima caligrafía me impidió descubrir el contenido del documento, sólo distinguí algunas letras en la parte inferior: “Sr. Gregorio Sam... Sa...” y enmudecí.

§

Gregorio sabrá disculparme; hice lo mejor que pude. Desprendí las hojas del cuaderno arrugado, separé las hojas tachonadas, las páginas cubiertas de dibujos y espirales, y junté sus relatos en un legajo desordenado. La transcripción fue todo un reto. Fue difícil traducir tantos signos amorfos, renglones apretados y palabras borroneadas.

A punto de terminar la transcripción, aparecieron nueve textos breves. No podía creer los asideros temáticos, los pretextos que tenía Gregorio para inventar historias, todo era un pretexto, un pre-texto. Recordé nuestra última conversación, antes de la primera crisis. Yo preparaba mi Nikon para las fotografías de la Memoria Gráfica. Gregorio estaba escribiendo el guion para la sesión del día, interrumpió su trabajo y me preguntó desde el extremo del cubículo.

— ¿Tú qué crees que se dirá de mí cuando haya muerto? ¿qué pasará con mis letras?

—No me hagas preguntas fúnebres porque se me encuera el chino.

—¿Y lo que hicimos? ¿y todos los cuentos?

— ¿Qué te pasa?

—Siento que mis manos verdaderas se hacen pequeñas y que se desmoronan por debajo de mi piel. No sé cómo explicarlo, siento que el mundo se me escapa. ¿Te atreverías, mi Moi, a escribir algo como: *Así hablaba Samarripa?*

—Ya déjate de cosas, cabrón, y sigue escribiendo.

Gregorio comenzó a silbar una canción horrorosa.

—Mejor sigue escribiendo...

Insistió con su monótona melodía. Me ofusqué y por poco le lanzo la cámara.

—Escribe, cabrón... ¡Sobres! — dije un poco alterado. Gregorio hizo una pausa.

—Sobres— dijo y soltó una risilla— sobre esto... sobre lo otro...sobre lo absurdo...Sobre las olas...

§

Agrego los siguientes textos como tributo a los últimos minutos de relativa cordura de Gregorio.

J. Moisés Aguayo A.

¡Sobres!

Sobre la caducidad de la motivación extrínseca en la creación literaria

Hace unos días, El Jomi me dijo, luego de leer uno de mis cuentos: “Oye ése, escribes chido”. No es precisamente un compañero de aventuras literarias; es un conocido del barrio que me cae bien porque le gusta Led Zeppelin y porque en su patio tiene una planta poderosísima que nos prodiga ciertas alegrías de vez en cuando. No sé por qué tomé tan en cuenta el comentario, andaba bien loco. Ayer lo vi otra vez y le compartí orgulloso, mi texto más reciente. Me dijo: “La neta, escribes chido, ése... la “erre” parece que la haces al revés, y la eme está bien puntiaguda, parece dobleú; escribes chido ése...” Pinche Jomi explícito.

Sobre lo oportuna que resulta una frase

Mi general Rentería ya había dispuesto a sus hombres frente a mí, listos para fusilarme. Sólo recuerdo haber ahogado la orden “¡Presenten armas!”, con una amenaza: “¡Mi general! Si sus hombres jalan del gatillo, voy a venir todas las noches a jalarle las patas”. No se me ocurra esa bembada y no la cuento.

Sobre la infalibilidad de la sabiduría popular

El dicho reza: “Mata un perro y te dirán mataperros”. En eso pensaba Julián Vasconcelos, alias el “nalgas de paletero en bajada” el día que decidió actuar públicamente en pos de un sobrenombre más digno. Nunca aceptó de buena gana el apodo, no por su falta de correspondencia con el referente anatómico; lo que le inquietaba era la extensión. A él le gustaban los apodos cortitos.

Con el dicho popular en mente y con la certeza de que podría modificar su destino, vagó por los callejones hasta dar con un can famélico y roñoso. Se agenció

un trozo de alambre recocado lo suficientemente largo como para rodear el cuello del animal y fijar el otro extremo de algún punto y se encaminó hasta una plazoleta del pueblo.

Comenzó a vociferar, formando con sus palmas un megáfono: “¡Voy a matar a este perro!, ¡Lo voy a ahorcar, eh!: ¡todos, míren!” Acto seguido, miró fijamente al chucho, musitando que debería agradecerle el sacrificio, pues había otras muertes más gachas. Finalmente colgó al perrito de la rama de un ficus. Julián no pudo ocultar su nerviosismo por el jaleo que provocaba el perro, dada su poca disposición para morir. Mucha gente atestiguó la barbarie. El hombre recibió, estoico, la acometida de una turba que le lanzaba toda clase de insultos y proyectiles; en tanto, el perrito daba sus últimas patadas. Don Agustín propuso linchar a Julián, incinerarlo vivo y grabarlo en los celulares (Ahora le dicen Lord Jícler). Doña Angelita, La de la dulcería, hasta propuso dar respiración de boca a hocico al desventurado animal, para reanimarlo. Gracias a esta ocurrencia, ahora, le dicen La besaperros... El caso es que el acontecimiento fue público, de ese modo, las cosas llevaron su curso, tal como lo proyectó Julián. Le siguen llamando el Nalgas de paletero en bajada; sin embargo, ahora, cuando se le evoca en alguna conversación y el interlocutor requiere de mayores precisiones, puede agregarse: “si hombre, El Mataperros...”

Sobre la necesaria precisión en las autoprofecías

La fantasía de Rufino Pérez siempre fue volverse vaca sagrada de las letras: “Lo seré”, profetizaba. “Cuando menos en la región occidente. Verán cómo lo logro”. Ayer me lo encontré en el centro, con media fantasía cumplida. Está objetivamente panzón. Ya sólo falta que le pongan su altarcito.

Sobre la importancia de vestir buchón y apocopar las cifras

A partir de su meteórico ascenso económico, Pebro Beteta dejó de ser la burla de todos sus conocidos. A sus espaldas, aún se burlan; pero en su presencia, ahora

fingen respetarlo. Ironías del estatus y la moralina de los abyectos que se inclinan ante sus semejantes, cuando olfatean los billetes.

Ella le cambió la suerte: En medio de la desesperación por la escasez, a *Ella* se le ocurrió jugar sus últimos ingresos, confiada en que vencerían de una vez por todas, su mala fortuna. Aprovechando que vivían a dos cuadras del Palenque Techo de Jalisco, le consiguió a Beteta un llamativo atuendo de buchón: saco dorado de terciopelo Louis Vuchón, camisa vaquera con lentejuelas, botas picudas de piel de cabeza de cocodrilo, pantalón Wrangler edición especial casi original, gafas Gucci de Santa Tere y medio kilo de oropel entre pulseras, anillos y cadenas: le dio los últimos doscientos pesos y le dijo que probara suerte apostándolos en los gallos. Entró al palenque y no pasó desapercibido.

“Corren apuestas”, se escuchó en el altavoz. Un fulano imponente, de tejana y atuendo kitsch, muy colorido, se le acercó:

—Van cien al verde, amigo ¿qué dice?

—Mejor que vayan doscientos. Yo digo rojo— respondió Beteta sudando por los nervios de comprometer con esta apuesta, hasta los pañales del nene.

—Doscientos, y que se muera el que no pague.

—Que se muera y que le pongan un pellizco, amigo— espetó Beteta, al más puro estilo *western*, arrugando el billete en su bolsillo y pasando un tragotote de saliva. No pudo recordar si la frase la escuchó en una película de Mario Almada o si le salía del fundillo, organelo en el que alojaba su estrés, a esas alturas de la situación.

Estrecharon sus manos con un apretón desconfiado. Luego observaron vibrantes y absortos, cuarenta segundos de una pelea sangrienta en la que el gallo del equipo rojo destrozó sin miramientos, a su oponente.

—Ni hablar, amigo. Yo no aguanto los pellizcos. Bien ganado. — dijo el fulano imponente y le presentó un maletín cromado a Beteta. Estrecharon nuevamente sus manos.

El fulano imponente encendió un habano y se apoltronó en un palco improvisado. Beteta esbozó una brevísima caravana con el sombrero y salió

confundido del lugar. Llegó a su casa temblando y literalmente se orinó encima cuando, junto a *Ella*, contó los doscientos mil dólares del maletín.

Sobre el sentido figurado en las terapias matrimoniales

“No deje que su esposa lo siga pendejeando todo el tiempo, o acabará por ser un verdadero pendejo. Su problema se solucionará hasta que le demuestre a su mujer que usted tiene más pantalones”, remató el Doctor Avellaneda, queda pero enfáticamente. Había llamado aparte al esposo para aconsejarlo. El otro asentía a todo con la gravedad de un conspirador: entrecerrando los ojos y frotándose las manos como un ratón. Al mismo tiempo, pensaba en la tienda de ropa más cercana. Pobre cabrón.

Sobre la autoconsagración de un falocentrista

Profusa explicación sobre por qué los testículos debieran llamarse tentáculos... Su obra cumbre. Ahora hay que soportar que se sienta un glánde escrotor.

Sobre la importancia de seguir el sabio consejo: “Si no tienes nada que contar, mejor no escribas nada”

...



Monstruo de las tres de la mañana

Otra vez el monstruo
se aparece cuando cede la claridad de la pantalla...
sus ojos se asoman a través del monitor oscuro.

Sus rasgos oblicuos y desencajados
son los mismos del insomne sin párpados de mis pesadillas: el letrámbulo.

Me mira con sus pupilas opacas.

Se pega a mi frente y me observa fijamente.

Me dicta un nuevo nombre.

Habla un rato conmigo y luego me devora como siempre,
en un ritual que se extiende hasta que el sol levanta.

Finalmente llora con su melancolía de estatua.

Tal vez

l

l

o

r

e

p

o

r

m

í

.

-§-

Corolario histórico que no es ficción: El Ateneo de los mamados de la cabeza

De lejos, trece muchachos desabridos discutiendo disparates bajo la sombra de un árbol, inaugurándose en el culto a Baco, con una mezcla de jugo de naranja y mezcal barato. Nadie viste a la moda ni trae el cabello recién cortado. Casi todos portamos atuendos de segunda mano y lucimos matas descuidadas.

No somos los apestados, pero tampoco los héroes de la preparatoria. Por cubil hemos colonizado la jardinera que rodea al viejo laurel que quedó a medio camellón. Gregorio Samarripa, de dieciséis años, es el imán de este merequetengue, desde que comenzó a llevarnos libros que compraba en el baratillo o que se robaba de la biblioteca. En el esfuerzo por discurrir sobre las lecturas recién hechas, con la perspectiva de Adán, al estilo de Cansinos-Asséns, descubriéndolo todo como por primera vez; inspirados en los hilos de los autores recién mascullados, pero volcando de nuevo nuestra atención sobre los sentidos propios, sobre un posicionamiento personalmente asumido. Llevábamos casi un año sesionando y hasta esa tarde, nadie había propuesto que nuestro círculo tuviera nombre. Si no hubiera sido por el profesor Niebla, quizás a Gregorio no se le hubiera ocurrido convocarnos especialmente para bautizar al club:

—Escuché que con Fidencio, Raúl Ramírez y con El Blues se ponían a leer autores de medio pelo y libracos extraños. Pues bien, jóvenes; en este semestre, si quieren aprobar, deberán recetarse una buena dosis de literatura de verdad. Vamos a entrarle a Chéjov, Dostoievsky y Tolstoi. Nada que suene a *Boom* latinoamericano, ni vanguardias, ni *posboom*, ni la onda, ni pumcuás, ni nada que suene a neologismo charlatán... Ah, y conmigo los exámenes si son exámenes— hablaba, casi recitando el profesor Niebla. Chaleco de botones, corbata setentera apretada y traje gastado; la piel enrojecida y el sudor en toda su economía corporal. Gregorio, se aproximó a mi butaca musitando: “Que nos haga un examen sobre Ibarguengoitia”.

—¿Qué dijo, Samarripa?

—Nada. Le comenté algo al compañero.

—Pensé que en la clase anterior habíamos dejado en claro que, en mi clase, el que habla soy yo: cinco puntos menos de su calificación final. Ah, y creo que escuché hablar de un tal Iburgüengoitia...

—Su Señoría Don Jorge Iburgüengoitia, para usted, pelado. ¿Cómo que “un tal Iburgüengoitia”? — espetó Gregorio, una décima de segundo antes de detonar un silencio sepulcral en el salón.

—Usted... De modo que no se conforma con interrumpir, sino que se hace el gracioso. Bueno, bueno. Lo haré yo también: Para la próxima semana, de memoria, una de las doce églogas de *Bucolicum Carmen*, de Petrarca, o está reprobado. A ver si así usa su tiempo libre en algo de provecho, en lugar de fanfarronear como líder de los famélicos escuálidos dipsómanos del camellón.

Gregorio no lo pasó tan mal memorizando a Petrarca, pero estuvo muy ansioso. Esa tarde nos convocó al cubil.

—Que proponga Galán, un nombre para el colectivo— soltó Gregorio al círculo — no es posible que nos digan los famélicos escuálidos dipsómanos. No señor. Lo seremos, pero que no nos digan así.

Augusto Galán, el menor del grupo, se incorporó cuán largo era a sus quince años, carraspeó un poco y habló en voz alta, pero en una entonación que hacía pensar que hablaba para sí mismo:

—Me divierte y me enoja ser casi invisible. En todas partes me critican por ser flaco o por tener los dientes grandes: todo el tiempo he batallado con los apodos y también con lo único que la gente encuentra digno de resaltar: mis ojos azules. Quisiera botármelos, así sería invisible de una vez. Más que una propuesta para el nombre de nuestro colectivo, tengo una emoción para impregnar a ese nombre: la revancha. Quisiera existir más allá de mis ojos. Que me voltearan a ver, y conmigo, a ustedes, compas. Me entristece un poco que, en mi barrio, ser trabajador, honesto o estudioso, no sea suficiente para atraer la confianza, la amistad, la escucha o el apoyo. En mi barrio, las muchachas opinan sobre quién se puso más nalgón. Los muchachos hablan de crecimiento glúteo. Vivimos una época de culto a la nalga. Una época en que la nalga define una buena parte del éxito en la interacción social. Tanta nalga, tanto vales. Caras vemos, nalgas a ver voltéate. Vivimos en una

nalgocracia. Contra natura, y a favor de las frivolidades mercantiles, las mujeres ponderan hoy la retaguardia masculina: en pocos años demandarán que estemos chichones. Por lo anterior, y otras cosas más, yo digo que el colectivo debería llamarse Los enemigos de la nalgocracia, o bien, los Nalganárquicos.

Gregorio modera la participación, teatralizando, ante el murmullo divertido del grupo.

—Que pase Vidal López, nuestro joven y distinguido alburero... que haga también su propuesta.

—Gracias por lo de distinguido alburero, *Maese* Goyo, présteme atención: Nuestros ancestros chichimecas, los que no pudieron huir físicamente, huyeron mediante el lenguaje. Preservaron el culto a sus dioses, a través del doble sentido. En las narices de los invasores, frente a los mastines hambrientos, decían virgencita y hablaban de Coatlicue; decían Nuestro Señor y evocaban a Xipe-Tótec. Ahora yo digo camote y me agarran. Yo digo que, en honor a la cultura soterrada, el nombre de nuestro grupo reivindique esa conquista de nuestra estirpe: propongo que se trate de un juego de palabras. Que si la gente de hoy sólo acepta a los nalgones y mamados, pues seamos los mamados, pero de la cabeza. Chupen, amigos. “¡Salud!”, replicamos todos.

—¿Qué dice la asamblea?— preguntó Gregorio a la bola. Todos reímos y aprobamos el título nobiliario— Los unjo a todos y me unjo yo: Redactemos el manifiesto...